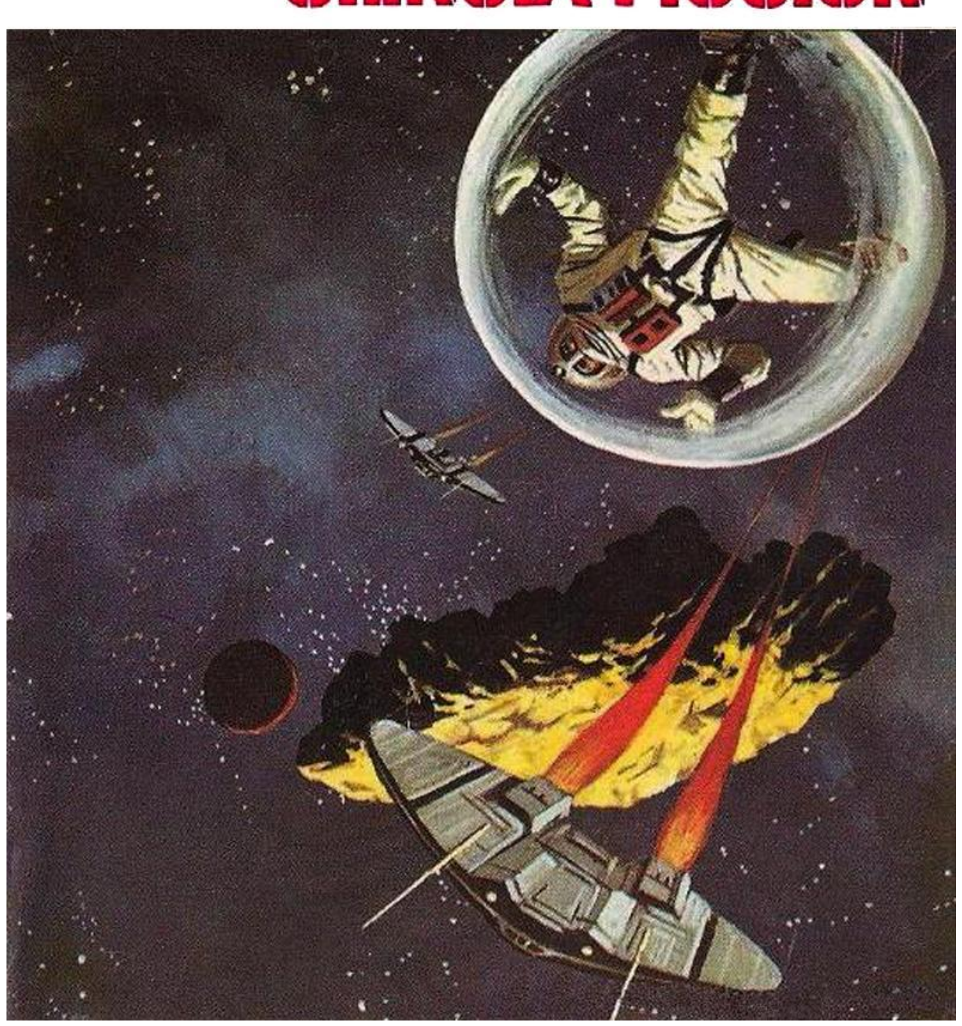
BOLSILIBROS BRUGUERA

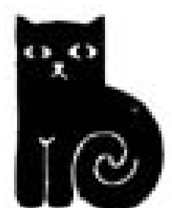
la conquista del ESPACIO

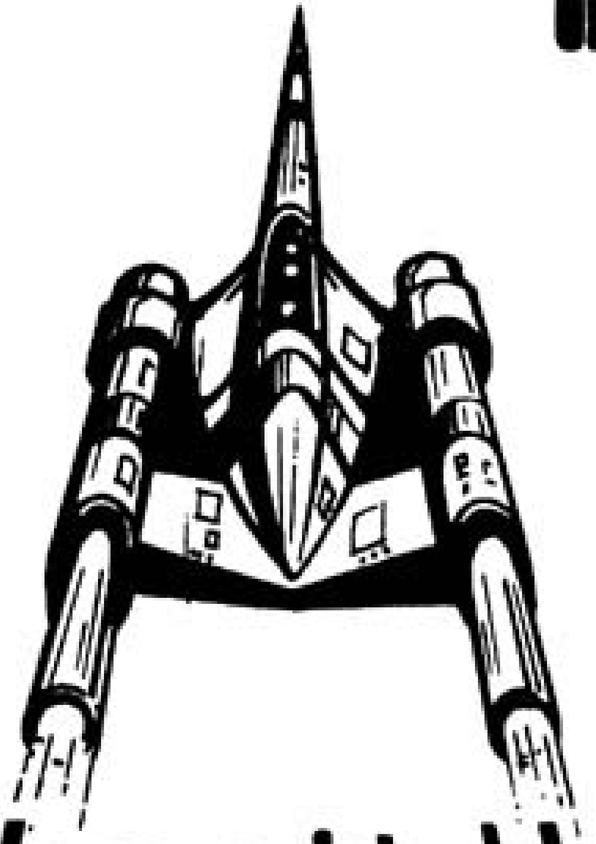
LA ROCA ASESINA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





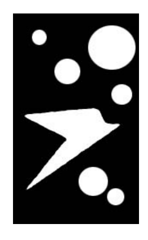


La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

LA ROCA ASESINA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 497
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

492 — *Una tumba en el espacio,* Clark Carrados.
493 — *Tierra Calcinada,* Ralph Barby.
494 — *Sueldo diabólico,* Kelltom McIntire.
495 — *Huida a las estrellas,* A. Thorkent.
496 _ *El imperio de las profundidades,* Kelltom McIntire,

ISBN
84-02-02525-0
Depósito
legal: B.
41.551 -
1979
Impreso en
España -
Printed in Spain
1.a
edición:
febrero,
1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera,
Parets del Vallés f\'-152, Km
21.650)
Barcelona
—
1980

CAPITULO PRIMERO

Yanis Avilov sobrevolaba el suelo venusiano en su vehículo espacial, de forma esférica, totalmente transparente, con cuatro patas cortas en su parte inferior, que podían ser replegadas con sólo accionar el mando correspondiente.

Yanis contaba treinta años de edad y era un tipo alto y de robusta complexión, pelo rubio y facciones simpáticas. Estaba casado con Irena Kazankina, una preciosa mujer de veinticinco años, rubia también y de origen ruso, como él.

Yanis e Irena llevaban ya cuatro años de matrimonio, pero hacía sólo uno que vivían en Venus, en una de las varias ciudades que habían sido levantadas en el planeta.

La ciudad se llamaba Starsville, y como todas las demás, había sido construida bajo una serie de gigantescas cúpulas de material sólido y transparente, unidas entre sí, que la protegían de la enorme presión atmosférica y la altísima temperatura (1).

(1) Entre 130 °C y 330 °C, según zonas.

Starsville había sido levantada hacía cinco años, en el 2050, y vivían en ella más de un millar de personas, procedentes de distintos países de la Tierra.

Un millar largo de seres que no se aburrían en absoluto pues en Starsville gozaban de las mismas distracciones y diversiones que en cualquier ciudad de la Tierra, y si deseaban divertirse en alguna otra ciudad de Venus, no tenían más que subirse a sus vehículos espaciales' y trasladarse a ella.

Aquel tipo de vehículo, diseñado especialmente para su utilización en la densa atmósfera venusiana, podía alcanzar hasta 3:000 km por hora, y en unas pocas horas se podía llegar al punto más distante del planeta (1).

(1) El diámetro ecuatorial de Venus es de 12.389 km, muy parecido al de la Tierra, que es de 12.757 km.

Precisamente, Yanis Avilov tenía de Cosmos City, que se alzaba a unos dos mil quinientos kilómetros de Starsville.

Había sido un viaje de negocios, totalmente infructuoso, desgraciadamente. De ahí que Yanis regresase de mal humor.

La economía de Yanis e Irena no era muy boyante,

actualmente, y de haber llegado a un acuerdo con la persona que Yanis había visitado en Cosmos City, sus problemas financieros hubiesen quedado solucionados por una larga temporada.

Lamentablemente, no había sido así y Yanis Avilov tendría que seguir buscando el modo de salvar sus apuros económicos.

Yanis viajaba a poca velocidad.

No tenía ninguna prisa por llegar a Starsville, porque sabía que Irena le estaba esperando, ansiosa de conocer el resultado de su gestión en Cosmos City y cuando él le dijese que no había logrado nada, ella se echaría a llorar, con toda seguridad, y si algo no podía resistir Yanis, era ver llorar a Irena, a la que quería con locura.

De ahí que retrasara deliberadamente su regreso. De pronto, Yanis Avilov vio brillar algo en el suelo.

Dominado por la curiosidad, redujo aún más la velocidad e hizo descender el moderno

aparato volador, aproximándolo al objeto que tan poderosamente brillaba en la calcinada superficie venusiana. Segundos después, Yanis posaba su vehículo en el suelo, a pocos metros del objeto brillante, y paraba el motor. Contempló largamente el objeto. Lleno de perplejidad. ¡Era una roca! ¡Y parecía de oro! ¡El oro más puro y más brillante que Yanis había visto jamás! ¡Y debía pasar por lo menos veinte kilos! Yanis Avilov empezó a sudar, sólo de pensarlo. ¡Veinte kilos de oro puro! ¡Su valor era tan inmenso que ni siquiera lo podía calcular! ¡Y estaba allí, al alcance de su mano! ¡No tenía más que salir del vehículo y tomarlo! Yanis no lo dudó más. Se levantó de su asiento y se colocó rápidamente el equipo espacial, sin el cual no era posible abandonar el aparato pues quedaría aplastado por la terrible presión e incinerado por la alta temperatura, aparte de que la atmósfera de Venus, en la

que hay una elevada proporción de nitrógeno y dióxido de carbono, carece casi totalmente de oxígeno y vapor de agua, por lo que se hace imprescindible llevar escafandra y las consiguientes botellas de oxigeno a la espalda.
Una vez equipado, Yanis Avilov se introdujo en la pequeña cabina estanca y alteró la presión de la misma, hasta igualarla con la presión de la atmósfera venusiana, y entonces salió al exterior, portando un saco cuyo material resistía perfectamente la elevada temperatura.
Moviéndose con lentitud, porque era imposible desenvolverse de otra forma, Yanis alcanzó la roca amarillenta y brillante, la tomó con sumo cuidado y la metió en el saco, regresando seguidamente al vehículo espacial.
Poco después, Yanis Avilov se despojaba del pesado equipo espacial. Abrió el saco y contempló la dorada y destellante roca.
Los ojos de Yanis destellaron también.
Cada vez estaba más convencido de que tenía ante sí una roca de oro puro.
Yanis levantó el saco para calcular mejor el peso de la roca, ya que fuera del vehículo espacial era muy difícil, debido a las especiales características de la atmósfera venusiana. Alrededor de veinticinco kilos, calculó que pesaba.
Más alegre que unas castañuelas, Yanis cerró el saco especial y ocupó su asiento, encendiendo el motor.
Un instante después, el aparato se elevaba, ganando rápidamente velocidad. Yanis Avilov tenía ahora mucha prisa por llegar a Starsville.
Irene, su esposa, iba a caerse de culo cuando viese la roca de oro puro.
¡Se acabaron los problemas!
Lejos estaba Yanis Avilov de sospechar que, precisamente ahora, es cuando iban a tener problemas de verdad.

CAPITULO
II

Alan Frazier entró en el Galaxia Club, la mejor sala de fiestas de Starsville, situada en el mismo centro de la ciudad, en el subsuelo.

Alan tenía veintinueve años, el pelo oscuro, las facciones correctas, y aunque tiraba más a delgado que a lo otro, bastaba darle una breve ojeada para adivinar que se trataba de un tipo fuerte y vigoroso, muy amante del gimnasio.

Vestía un traje marrón claro, brillante, de una sola pieza, que se pegaba a su fibrosa anatomía como una segunda piel, dibujando cada uno de los músculos de su largo cuerpo. El cinto, plateado, era muy ancho, y la hebilla, grande, muy artística. Las botas, amarillas, eran cortas y cómodas, por lo ligeras.

El Galaxia Club estaba bastante concurrido aquella noche, como casi todas, pero el local era espacioso y siempre quedaban algunas mesas libres.

Las más alejadas de la pista de atracciones, por supuesto, pero a Alan Frazier no le importó ocupar una de ellas, pues no había acudido con el deseo de presenciar las actuaciones de los artistas, sino simplemente de conocer el local.

En aquel momento, una pareja mixta de contorsionistas realizaba complicados ejercicios en la pista de atracciones, muy ligeros de ropa.

Tan ligeros, que podía decirse que iban desnudos, pues sólo cubrían sus sexos, quedando todo lo demás al aire, vello púbico incluido.

El tipo, joven, bien parecido, era alto y musculoso, y todo su cuerpo despedía una luz rojiza. Sin duda, se había aplicado un *spray* fluorescente, antes de salir a la pista y causaba un gran efecto.

Pero quien realmente causó efecto en Alan Frazier, pese a la distancia que separaba su mesa de la pista, era la chica.

Vaya cuerpo...

También ella se había rociado con un *spray* especial, para realizar su número, pero de tono verdoso.

Un siglo antes, cuando todavía en la Tierra se creía en la existencia de los marcianos, a la escultural contorsionista se le habría tomado por una mujer marciana.

Y más de un varón terrestre hubiese querido tener marcianitos con ella, seguro.

Alan contempló sus poderosos pechos, de amplias aureolas y desarrollados pezones, sus rotundas caderas, sus pletóricas nalgas, sus largas y torneadas piernas...

Todo verde, pero hermoso.

Alan Frazier envidió al musculoso individuo que formaba pareja con ella, porque el tipo, con la excusa del numerito, cogía a la belleza por donde le daba la gana y se la pasaba por donde quería, poniendo los dientes largos a la mayoría de los hombres que presenciaban su actuación.

Verdaderamente, hay trabajos mucho más gratos que otros.

Esto se estaba diciendo Alan, cuando oyó una voz femenina, dulce y cálida, a su izquierda.

—¿Qué desea tomar, señor?

Alan Frazier ladeó la cabeza y contempló a la atractiva joven de larga cabellera teñida de

azul, que le sonreía amablemente a
medio metro escaso de él. Pero la
chica ya había dejado de ser una
niña, claro.

Si alguien lo dudaba, que mirase sus erguidos y armoniosos senos, lo suficientemente desarrollados ya para calcular que la muchacha andaba por los veintidós o veintitrés años y que ella exhibía desnudos, como el resto de las camareras del Galaxia Club.

Su indumentaria se reducía a una faldita brillante, tan corta que dejaba ver el diminuto *slip* rojo y unas tiras plateadas que cruzaban su pecho desnudo en diagonal y se sujetaban al cuello, amén de las botas, doradas, tan altas que llegaban a cubrir sus rodillas y algunos centímetros de muslo.

Como Alan Frazier no respondía, la chica volvió a preguntar, sin borrar su amable sonrisa:

—
¿Qué
desea
tomar,
señor?

Alan posó sus ojos en los hermosos senos de la camarera, de excitantes aureolas oscuras y pezones cubiertos por unos diminutos adornos metálicos, en forma de corazón.

—¿Puedo tomar
lo que quiera,
preciosa?

Los ojos de la chica, pardos, muy grandes,
despidieron un fugaz destello.

—Lo que usted está mirando
no se sirve aquí, señor.

—¿Dónde, entonces? —preguntó
Alan, levantando la mirada.

—Fuera del club, cuando
el local cierra sus puertas.

—
¿Y
cuánto
cuesta?

—Depende de la
chica que elija usted,
señor.

—

Tú.

—Yo no tengo precio.

—Explícame eso, guapa.

—No me dedico a acompañar clientes cuando acabo mi trabajo, señor. Soy camarera, no prostituta.

Alan Frazer tosió.

—Yo no te he llamado eso, muchacha.

—Pero como a tal me estaba tratando. ¿O no? Alan carraspeó.

—Bueno, yo... La mayoría de las camareras que trabajan en clubs nocturnos no tienen inconveniente en...

—Yo sí, señor. Soy una chica decente, aunque me vea usted exhibiendo los pechos, las piernas y casi todo el trasero, si me agacho un poco. Tengo que enseñar todo eso, si quiero trabajar aquí. Y tengo que trabajar aquí, si quiero comer. Y tengo que comer, si no quiero morirme. Y yo no quiero morirme, soy demasiado joven.

—¿Veintidós años?

—Veintiuno.

—¿Y te llamas...?

—Marcia; Marcia Riddick.

—Te ruego que me disculpes, Marcia. No era mi intención ofenderte.

—No me he ofendido, señor. Ya estoy acostumbrada a escuchar proposiciones como la suya.

—Supongo que sí —murmuró Alan.

—Le mandaré a Sandra.

—¿Quién es Sandra?

La camarera señaló a una de sus compañeras, una pelirroja de cuerpo sensacional, y dijo:

—Aquella.

—Olvídalo —rogó Alan.

—¿No le gusta Sandra?

—Sí, está muy bien de todo, pero...

—Es un poco cara, pero quedará usted muy satisfecho de ella, se lo garantizo. Ardiente, experta, original... En una ocasión hizo el amor encima de un perchero.

—¿Y no se cayó?

—Eso no lo dijo.

—Te repito que lo

olvides.

—Si quiere, puedo mandarle a Olga. Es aquella rubia que...

—No quiero que me mandes a nadie, deseo que me sirvas tú, Marcia.

—Como prefiera, pero ya sabe que a mí no me llevará usted a la cama. Alan Frazier sonrió.

—Ya no pensaba en eso, créame.

—No, no le creo, porque tiene usted cara de gustarle mucho la cama y no precisamente para dormir, pero dígame qué le apetece tomar.

—¿Cuál es la especialidad del Galaxia Club?

—El «Meteorito Borracho».

Alan no pudo contener la risa.

—¿Y qué diablos es eso?

—Bueno, lleva de todo un poco.

—¿Fuerte?

—Pura energía nuclear. Según he oído contar, se lo dieron a un paralitico y el tipo brincó de su silla de ruedas y echó a correr, tan de prisa, que no lo pudieron coger. ¿Y sabe dónde lo encontraron, una hora después?

—¿Dónde? —pudo preguntar Alan, a duras penas, porque la risa le impedía hablar.

—En el Parque de Bomberos, echándose agua en la boca con una manguera. Y todavía le salía humo.
Alan levantó la mano.
—Para, por favor, que ya me duele el estómago de tanto reírme. Marcia Riddick preguntó:
—¿Se atreve con el «Meteorito Borracho»?
—Sí, qué demonio —respondió Alan—. Pero antes de tomármelo me dirás dónde está e! Parque de Bomberos, que yo acabo de llegar a Starsville y no tengo ni idea.
Quien rió ahora fue la camarera.
—Le traeré un plano de la ciudad —prometió, y se alejó en dirección al bar, caminando con gracia.
Alan le miró las piernas y los centímetros de nalga que ni la descarada faldita ni el minúsculo *slip* rojo llegaban a cubrir.
De pronto, vio una mano.

Grande y velluda.
La zarpa cayó sobre el erguido trasero de Marcia Riddick, por debajo de la faldita, y aprisionó las nalgas femeninas.
La camarera dio un gritito, al tiempo que saltaba hacia adelante, librándose así de la mano masculina.
El tipo que le había agarrado el trasero, un sujeto grandote y de poderosos músculos, más bien feo, dejó oír su bronca risa.
—¿Te he asustado, gatita?
Marcia lo miró, con ganas de atizarle en la cabeza con la bandeja metálica que llevaba en las manos, pero logró contener su furia y siguió su camino hacia el bar.
A Alan Frazier le dio un poco de pena la muchacha. Teniendo en cuenta cómo pensaba, lo debía estar pasando muy mal en el Galaxia Club, porque incidentes como el que acababa de producirse debían ocurrir a menudo.
Y, en locales así, ya se sabe: o las chicas se dejan meter mano, o van a la calle, porque los propietarios de los clubs quieren que sus empleadas se muestren cariñosas y compla- cientes con los clientes, dado que eso influye en la buena marcha del negocio.
Alan miró hacia la pista de atracciones.
La pareja de contorsionistas seguía con su número. Y la «marciana» seguía estando tremenda.
Con la increíble facilidad que tenía para doblar el cuerpo, hacer el amor con ella debía ser algo portentoso.
Alan Frazier borró de su mente lo que estaba pensando y apartó los ojos de la tentadora hembra.
Marcia Riddick también era un regalo para la vista y sin necesidad de pintarse nada de verde.
Ya volvía con el «Meteorito Borracho».
Fatalmente para ella, tenía que pasar a la fuerza por delante de la mesa que ocupaba el tipo grandote y feo, el que le echara mano al trasero.
La joven temía que el grandullón disparara su zarpa de nuevo y volviese a atraparle las posaderas.
Se equivocó, aunque sólo a medias.
El tipo disparó su zarpa, sí, pero no le agarró las nalgas, sino el pecho izquierdo.

—¡Te pillé, gatita! —exclamó el sujeto, riendo.
Marcia, roja de furia, pero procurando no alzar demasiado la voz, ordenó:
—Retire su sucia mano de mi pecho.
—¿Sucia...? ¡Pero si me las he lavado antes de venir!
—Retírela.
Pero lo que el tipo retiró fue el adorno metálico que cubría la punta del seno de la camarera, para poder vérsela.
Y, no contento con contemplar el delicioso botoncito oscuro, quiso pellizcarlo.
Fue más de lo que Marcia Riddick estaba dispuesta a soportar para no quedarse sin empleo y le soltó una bofetada al tipo que casi lo tira de la silla.
Sonó como si hubiese estallado una bombilla y más de un cliente miró hacia el techo. El grandullón soltó el pecho femenino.

También soltó un taco. De los feos, para que hiciese juego con su cara.

Marcia quiso aprovechar el momento para ponerse fuera del alcance del tipo, pero éste reaccionó y la agarró por el brazo, férreamente.

—Espera, gatita, que tú y yo tenemos que hablar —masculló fieramente el individuo, con la mejilla más roja que él sucinto slip de la camarera.

—¡Suélteme! —ordenó ella, forcejeando con él.

—Cuando me haya cobrado la bofetada —repuso el tipo, y volvió a aprisionarle un pecho, esta vez, el derecho, cuyo adorno metálico hizo saltar.

Marcia Riddick, que ya se sabía con un pie en la calle, porque el encargado del local debía haber escuchado el sonoro sopapo que ella le atizara al grandullón, decidió hacer méritos para poner el rostro también y le arrojó el «Meteorito Borracho» a la cara.

El tipo se puso a toser como un camello acatarrado, pero no soltó el brazo ni el pecho de la camarera.

Marcia le atizó con la bandeja, en toda la testa.

«¡Gong!», sonó el bandejazo.

Un chistoso, que seguía el incidente, exclamó:

—¡Primer asalto!

Se escucharon varias carcajadas.

—¡Suélteme, salvaje! —gritó Marcia,

luchando con el grandullón.
Este, en vez de soltarla, la sentó bruscamente sobre sus rodillas y le buscó los senos con los dientes.
La muchacha, que no estaba dispuesta a dejarse morder nada y menos por un tipo tan desagradable como aquél, le arreó de nuevo con la bandeja.
«¡Gong!», volvió a sonar.
—¡Segundo asalto! —dijo el chistoso, provocando nuevas risas.
El grandullón tenía la cabeza dura y los bandejazos no hacían mella en él, por lo que Marcia Riddick no pudo impedir que le pillara el seno izquierdo con sus dientes.
El tipo, sin embargo, no llegó a morderla, porque en el preciso instante en que iba a presionar con sus palas dentales, grandes como teclas de piano, alguien le agarró la oreja zurda y se la retorció como si pretendiera arrancársela, obligándole a abrir la boca y lanzar un alarido de dolor.
Era Alan Frazier, que se había decidido a intervenir, convencido ya de que la atractiva camarera no conseguiría salir por sí sola de aquel lío y que a ella no le importaría que él le echara una mano.

CAPITULO III

Irena Kazankina, la bella esposa de Yanis Avilov, paseaba nerviosamente por el salón de la casa, fumando un cigarrillo tras otro

Iba en bata, corta y brillante, porque media hora antes se había dado un baño de sales aromáticas.

Irena sabía que si Yanis había logrado algo positivo en Cosmos City, querría celebrarlo haciendo el amor apenas llegar a casa y ella deseaba ofrecerle su cuerpo fresco y perfumado.

Claro, que si Yanis no había conseguido nada...

Irena que quería pensar en eso, porque su nerviosismo se acentuaba y más que fumar cigarrillos, los mordía.

De pronto, oyó que la puerta de la casa se abría.

—¡Yanis! —exclamó, dando un respingo.

Dejó el cigarrillo en el cenicero que descansaba sobre la baja mesa de cristal irrompible y corrió hacia la puerta, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Yanis Avilov ya había entrado en la casa, cargado con el saco que contenía la fantástica roca de color amarillento.

—¡Irena! —exclamó, dejando el saco en el suelo y abriendo los brazos.

La expresión de satisfacción de Yanis Avilov era tan clara, que Irena Kazankina pensó que su marido había logrado lo que pretendía en Cosmos City.

Se echó en sus brazos y quedó colgando de su cuello, mientras él la estrechaba con vigor y la besaba ardorosamente en los labios.

Si a Irena le quedaba alguna duda de que Yanis se hallaba más contento que nunca, se disipó por completo cuando sintió deslizarse la mano de él por debajo de la corta bata y cerrarse sobre sus firmes nalgas, oprimiéndolas.

Eso significaba que Yanis deseaba hacer el amor.

Y si Yanis deseaba hacer el amor, es que se hallaba alegre y feliz.

Irena puso los pies en el suelo y separó su boca de la de su marido, al cual miró amorosamente, los ojos brillantes de emoción.

—¿Todo bien, cariño?
—Mucho más que bien, mi vida —asintió él.
—No sabes cuánto me alegro —sonrió ella, e hizo ademán de soltar el cinturón de su bata, para que su esposo pudiera acariciar sus pechos.
Yanis le cogió la mano.
—Espera, Irena.
—¿No deseas...? —se extrañó ella.
—Sí, claro que lo deseo. Vamos a hacer el amor en seguida, con más ganas que nunca. Pero antes quiero que veas algo.
—¿El qué?
—Lo que traigo en ese saco.
Irena lo miró con curiosidad.

—¿Qué es?

—La solución para nuestros problemas actuales. Y por el resto de nuestros días. Por muchos años que vivamos, no volveremos a pasar apuros económicos.

—Yanis... —musitó Irena, sin poder creer lo que estaba oyendo.

Yanis Avilov la soltó y cargó con el saco, diciendo:

—Vamos al dormitorio. Podría entrar alguien y sorprendernos y eso sería fatal para nosotros.

Irena Kazankina sintió un ligero estremecimiento.

—Me asustas, Yanis...

—Anda, ven —rió él.

Fueron al dormitorio.

Una vez allí, Yanis puso el saco sobre el tocador y metió la mano en él. Rozó la roca con la yema del dedo índice.

—Aún está caliente, pero se puede Coger.

—¿Qué es lo que está caliente? —preguntó Irena, sin poder disimular su ansiedad.

—Un segundo, que en seguida lo vas a saber.

Yanis metió la otra mano en el saco, tomó la roca y la extrajo, dejándola sobre el tocador.

—Aquí lo tienes, Irene; ¿No es lo más

maravilloso que has visto jamás? Irena Kazankina pestañeó. Boqueó. Hizo gestos. Todo, menos hablar. Y es que no podía. Se había quedado muda de asombro.

Yanis reía, viendo la cara que ponía su mujer. Esta, finalmente, acertó a balbucir:

—¡Parece... parece oro, Yanis...!

—No sólo lo parece, lo es. El oro más puro y más brillante que ojos humanos hayan visto. ¡Y hay veinticinco kilos, nada menos! —se frotó las manos Yanis.

—¿De dónde... de dónde lo has sacado? —murmuró Irena, que seguía perpleja. Yanis se lo refirió.

—¿Cómo llegaría la roca hasta allí? —preguntó Irena.

Yanis encogió los hombros.

—Ni lo sé, ni me importa. Yo la encontré y es nuestra. Naturalmente, nadie debe saberlo. Tendríamos muchos problemas.

—¿Qué piensas hacer, Yanis?

—Regresaremos a la Tierra, Irena. En la primera astronave que salga para allá. Una vez allí, ya pensaremos en el modo

de vender poco a poco este oro, sin despertar sospechas. Hasta el momento de nuestra partida, ocultaremos la roca en el doble fondo del armario de la ropa. Voy a guardarla ya. ¿No quieres tocarla, antes de meterla en el saco? — sugirió Yanis.
Irena alargó las manos hacia la valiosa roca, pero cuando ya las puntas de sus dedos estaban a punto de rozarla, las retiró bruscamente, con un chispeo de temor en los ojos.

Yanis frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —murmuró Irena, cuya piel se había erizado.

—La roca todavía está caliente, pero no quema. Mira, yo la toco y no pasa nada —Yanis puso ambas manos sobre la roca.

—Guárdala, Yanis —rogó su mujer, a quien un sexto sentido parecía advertir que la roca encerraba algún peligro.

—Como quieras —sonrió Yanis, tomando la roca y metiéndola en el saco.

Luego, cargó con éste y lo llevó al armario de la ropa, cuyo doble fondo abrió, accionando un disimulado resorte.

Guardó el saco allí y volvió a accionar el resorte secreto, cerrando también la puerta del armario.

Miró a su esposa. Fijamente. De pronto, sonrió.

Ella también sonrió, aunque más levemente, porque seguía sintiendo aquella extraña sensación que le produjera el acercar sus manos a la brillante roca.

Yanis se despojó del cinto, se sacó las botas y se bajó la cremallera del traje, azul brillante, de una sola pieza.

Irena se soltó el cinturón de la bata y ésta se entreabrió, dejando asomar parte de sus senos, túrgidos y firmes, el liso vientre y el rubio y rizado vello que cubría su pubis.

Yanis posó un instante su mirada allí, en lo más íntimo de la mujer que él adoraba. Se despojó del traje y, cubierto sólo con un breve slip marrón, caminó lentamente hacia ella.

Irena se abrió la bata y la hizo caer al suelo, quedando completamente desnuda.

Yanis la abrazó y la besó en la boca,
cálida, húmeda, excitante.

Irena se restregó contra él, sintiendo que sus rosados pezones se erguían al tomar contacto con el musculoso tórax masculino.

Yanis le acarició las curvadas caderas,, le oprimió las redondas nalgas y luego la tomó suavemente en brazos y la llevó a la cama, de forma circular, en cuyo centro la depositó.

El slip de Yanis cayó al suelo y los juegos eróticos dieron comienzo.

Quince minutos después, Yanis e Irena se lo habían acariciado y estimulado suficientemente todo y estaban deseando unir íntimamente sus cuerpos, lo cual hicieron sin más demora, alcanzando uno de los orgasmos más intensos y satisfactorios de toda su historia amorosa.

Yanis permaneció algunos minutos encima de su esposa, besando dulcemente sus labios, su cuello, sus pechos...

Irena, estremecida todavía de placer, acariciaba la ancha espalda de su marido, sus robustos hombros, su nuca...

Finalmente, Yanis se retiró y se puso en pie.

—Voy a darme una ducha, cariño —dijo, mirándola tiernamente.

—Te quiero —le sonrió Irena—. Cada día más.

—Y yo a ti —repuso Yanis, inclinándose y besándole de nuevo en los labios.

Luego, se introdujo en el cuarto de baño y se puso debajo de la ducha, cuya llave abrió.

El agua fresca cayó sobre su cuerpo desnudo, causándole un delicioso estremecimiento. Yanis Avilov alargó la mano en busca de la pastilla de jabón.

Fue entonces cuando descubrió que el color de su piel, en la palma de la mano, se estaba oscureciendo.

Yanis se acercó la mano a los ojos, para verla mejor.

En efecto.

La piel se estaba tornando oscura.

Violácea.

Yanis, asustado, se miró la palma de la otra mano.

Con ella ocurría lo mismo.

A cada segundo que pasaba, la piel se tornaba más oscura.

Yanis sentía ya un extraño picor en las palmas de las manos, que daba ganas de rascarse. Pero Yanis Avilov no se rascó.

Estaba demasiado aterrado, porque sospechaba que aquella alteración del color de su piel en las palmas de las manos, así como la extraña y molesta picazón que sentía en ellas, se debía al hecho de haber tomado con sus manos desnudas la roca amarillenta y brillante.

Unas manos que, pocos minutos antes, habían cubierto de caricias el cuerpo desnudo de Irena Kazankina, y eso iba a traer funestas consecuencias también para ella.

CAPITULO IV

La pareja de contorsionistas proseguía su actuación en la pista de atracciones del Galaxia Club, pero ya nadie les prestaba atención, pues todo el mundo había vuelto la mirada hacia la mesa del tipo grandote que metiera mano a Marcia Riddick, la camarera del pelo teñido de azul.

La tremenda bofetada, el par de sonoros bandejazos y el alarido que lanzara el individuo, al serle atrapada y retorcida la oreja zurda por Alan Frazier, había llamado la atención de todos, clientes y empleados.

Hasta la pareja de contorsionistas miraba hacia allí, el hombre por entre los muslos separados de la mujer y ésta por debajo de las rodillas de él, hechos prácticamente un nudo los dos, porque el ejercicio se las traía.

Pero, para nudo bueno, el que Alan Frazier le estaba haciendo en la oreja al tipo que sentara sobre sus rodillas a Marcia Riddick y tratara de morderle los pechos.

El grandullón no tuvo más remedio que soltar a la camarera, la cual se apresuró a levantarse de sus rodillas y alejarse de él.

Como eso era lo que Alan Frazier quería, soltó el apéndice auricular del tipo, rojo como un tomate maduro.

El individuo se agarró la oreja, entre gemidos de dolor.

Bueno, aquello, más que una oreja, parecía un buñuelo a medio comer. Daba pena, de verdad.

Alan Frazier se acercó a Marcia Riddick.

—¿Estás bien, Marcia?

—Sí, gracias a usted —respondió la muchacha, sin apartar los ojos del grandullón, pues temía la reacción de éste.

—Hubiera intervenido antes, pero temí que...

—¡Cuidado! —gritó la joven.

No era necesaria la advertencia, porque tampoco Alan Frazier había dejado de vigilar un solo instante al tipo grandote y le vio levantarse de la silla y lanzarse sobre él, con las peores intenciones.

Dada la estatura y corpulencia del sujeto, todo el mundo pensó que iba a destrozar a golpes al joven que había salido en defensa de la camarera. Pero en seguida se vio que no iba a ser así.

Alan Frazier era mucho menos corpulento pero un maestro en defensa personal y frenó en seco a su atacante, propinándole un terrible golpe en el hígado, con el filo de la mano.

El tipo se dobló, dando un bramido de elefante.

Un segundo golpe, éste en la nuca, hizo caer al individuo, que ya no se levantó, porque había perdido el conocimiento.

Alan Frazier, asombrosamente tranquilo, se volvió hacia Marcia Riddick.

—Como te decía, hubiera intervenido antes, pero temí que luego me lo reprocharas, si perdías el empleo por mi culpa.

La joven le sonrió con agradecimiento.

—Lo voy a perder, seguro; pero no por su culpa. Yo sabía que esto tenía que suceder, tarde o temprano. Estaba harta de soportar apretones y pellizcos en mis partes más mollares, por eso le arrojé el «Meteorito Borracho» a la cara al tipo y luego le arreé con la bandeja en la cabeza.

Alan Frazier iba a decir algo, pero se interrumpió al ver acercarse a un tipo que vestía con mucha elegancia. Se trataba del encargado del club. Y traía una cara...

—Quedas despedida, Marcia —notificó, en tono tan agrio como su gesto.

—Ya lo sabía —repuso la muchacha.

—Recoge tus cosas y lárgate.

—Será un placer.

El sujeto dio media vuelta y se alejó. Alan miró a la joven.

—Lo siento, Marcia.

—No se preocupe. Como le dije antes, sabía que esto tenía que suceder.

—¿Te importa que te espere a la salida del club?

—¿Con qué intenciones?

—Con las mejores, te doy mi palabra.

—Bueno, espérame —accedió la muchacha, y se separó de él.

*
*
*

Algunos minutos después, Marcia Riddick abandonaba el Galaxia Club, vistiendo unos ajustados pantalones amarillos y una blusa muy original, que sólo le cubría los senos. Portaba una maleta, que Alan Frazier se apresuró a coger. —Deja, yo la llevaré.

—Oiga, todavía no sé su nombre.

—Me llamo Alan; Alan Frazier.

—¿Y dice que acaba de llegar a Starville?

—Sí, esta misma tarde. Pero tutéame, por favor.

—De acuerdo —sonrió Marcia—. ¿A qué te dedicas, Alan?

—Soy policía.

—¿Policía...?

—Sí. ¿Te extraña?

—Tanto, que nunca lo hubiera imaginado.

—Pues lo soy desde hace siete años. Me han destinado aquí, a Starville y tengo que ponerme a las órdenes de mi superior mañana por la mañana.

—Por eso querías divertirte esta noche, ¿eh?

—Bueno, yo... —carraspeó Alan.

—Aún estás a tiempo de buscarte una chica que se preste a todo por unos billetes.

—Se me han ido las ganas.

—No te creo.

—Quiero ayudarte, Marcia.

—¿Qué puedes hacer tú por mí?

—¿Tienes adónde ir?
—No.
—Entonces, ya puedo hacer algo. Ofrecerte la casa que me han destinado en Starville. Es pequeña, pero nos arreglaremos.
Marcia Riddick entornó el ojo izquierdo.
—¿Y qué tengo que ofrecerte yo a ti, a cambio?
—Nada.
—¿Seguro?
Alan Frazier se atusó la patilla.
—Bueno, puedes...
—Ya sabía yo que ibas a pedirme algo —rezongó la joven.
—Sí, pero no lo que tú estás pensando, desconfiada.
—¿No?
—Iba a decir que puedes ocuparte de la limpieza de la casa y de preparar la comida.
—¿Me ofreces un empleo de sirvienta...?
—No, sólo te ofrezco comida y techo hasta que encuentres un empleo decente.
—¿Y si tardo en encontrarlo...?
—No te preocupes por eso. No es que un policía gane mucho, pero sí lo suficiente como para alimentar un par de bocas.
Marcia se quedó mirándolo.
—¿Por qué haces esto, Alan?
—Quiero ayudarte, ya te lo he dicho.
—No me conoces de nada.
—Lo suficiente para saber que eres una buena chica.
—Tú lo has dicho. Y las chicas como yo no se van a la cama con el primero que se lo propone.
—Si crees que te ofrezco mi casa por eso, estás equivocada.
—¿Prometes respetarme?
—En todo momento.
—Está bien, voy a confiar en ti —sonrió Marcia.
—No te arrepentirás —aseguró Alan, tomándola del brazo—. Vamos, mi casa está cerca de aquí.
Echaron a andar los dos.

*
*
*

La casa destinada a Alan Frazier sólo tenía un dormitorio y eso llenó de preocupación a
Marcia Riddick, porque, además, en el dormitorio sólo había una cama.
—¿Dónde voy a dormir yo? —preguntó la joven, los ojos clavados en el lecho, bastante amplio.
—En la cama, naturalmente —respondió el policía.
—¿Y tú?

—En el sofá del *living.* Es extensible.
Marcia movió la cabeza en sentido negativo.
—No me parece justo, seré yo quien duerma en el sofá.
—¿Por qué no lo echamos a suertes? —propuso Alan, sacando una moneda del bolsillo.
—Nada de suertes —rechazó la joven—. La casa es tuya y te corresponde dormir en la cama.
—Está bien, no vamos a discutir por eso —sonrió el policía, guardándose la moneda. Marcia puso su maleta sobre la cama, la abrió y empezó a sacar sus cosas.
—¿Dónde pongo todo esto, Alan?
—En el armario. Hay sitio de sobra.
La joven lo guardó todo allí, a excepción de un cortísimo camisón rosa, transparente y una braguita que hacía juego con él.
—¿Tu equipo de dormir? —preguntó Alan.
—Sí.
—Tremendamente sugestivo.
—Más atrevida era la indumentaria que me obligaban a llevar en el Galaxia Club —
rezongó Marcia.
—Desde luego.
Marcia tomó el camisoncito y la braguita y salió del dormitorio. Antes de cerrar la puerta, miró al policía y le sonrió.
—Buenas noches, Alan.
—Que descanses, Marcia.
—Puedo dormir tranquila, ¿verdad?
—Absolutamente.
—Hasta mañana, Alan —volvió a sonreír la muchacha y cerró la puerta del dormitorio.

CAPITULO V

Irena Kazankina seguía tendida en el redondo lecho, tal como la dejara Yanis Avilov. Desnuda.

Relajada.

Feliz...

Irena miraba hacia el techo.

Por eso no vio que sus pechos, sus caderas, su vientre, sus muslos y hasta su sexo se iban tornando oscuros por momentos.

Violáceos.

Pero sí sintió la extraña y molesta picazón que en todos esos sitios y también en la espalda y en las nalgas, empezó a surgir, mucho más acentuado en los pezones de los senos y en su clítoris.

Irena, extrañada, incorporó ligeramente el torso y se miró.

Un gemido de horror escapó de su garganta al descubrir que casi todo su cuerpo se estaba tornando violáceo.

Quiso llamar a su esposo, pero no le salió la voz.

Temblando de pies a cabeza, Irena abandonó el lecho y se acercó al tocador, en cuyo espejo se miró, por delante y por detrás, descubriendo también las manchas oscuras que se le estaban formando en la espalda y en las nalgas.

Unas manchas que se agrandaban por segundos y cuyo picor era cada vez más fuerte, más difícil de soportar.

Irena Kazankina, tambaleándose como si hubiera ingerido una buena dosis de alcohol, caminó hacia el cuarto de baño y abrió la puerta.

Sus dilatados ojos contemplaron a Yanis Avilov. Seguía bajo la ducha.

Muy quieto. El agua resbalando por su cuerpo desnudo. Se miraba las manos, con ojos desencajados de horror.

—Yanis... —pronunció Irena, sin apenas voz.

Yanis Avilov ladeó lentamente la cabeza y contempló a su esposa, desencajándose aún más sus ojos al descubrir las horrendas manchas oscuras que se estaban formando en su cuerpo.

—Irena... —musitó.

Ella, que le miraba fijamente las manos, murmuró:

—No debiste tocar esa extraña roca, Yanis. A saber de qué está formada y de dónde procede.

—Es oro, Irena. Oro puro...

—Si fuera sencillamente eso, tus manos no se hubiesen contaminado al tomarla, y tú no me hubieses contaminado a mí al acariciar mi cuerpo con ellas. No es oro, Yanis. Y si lo es, se trata de un oro maldito, poseedor de terribles propiedades, como la de tornar

oscura la piel de los seres humanos que se atreven a tocarla.

Yanis Avilov hizo un esfuerzo por dominar su terror y cerró la llave de la ducha, saliendo de debajo de ésta. Mientras se secaba brevemente con la toalla, dijo:

—No nos dejemos llevar por el pánico, Irena. Estoy seguro de que estas manchas oscuras desaparecerán, así como el picor que producen.

—No, Yanis; no desaparecerán. Se irán haciendo cada vez más grandes, hasta cubrir totalmente nuestros cuerpos y sólo Dios sabe qué pasará entonces, qué efectos causará en nuestro organismo.

Yanis volvió a mirarse las manos. Su esposa tenía razón.

Las manchas oscuras se iban agrandando más y más por momentos.

El dorso de sus manos se iba tornando violáceo también, así como sus muñecas... Y el molesto picor no remitía, también él crecía.

Yanis, desesperado, se abalanzó sobre el armario del baño y lo abrió, sacando de él un botiquín.

Abrió éste y extrajo un tubo de crema, cuya finalidad era suavizar las irritaciones de la piel y calmar los picores propios de intoxicaciones y demás.

—¡Ven, Irena! —indicó saliendo del cuarto de baño.

—Eso no servirá de nada, Yanis —profetizó su mujer.

—¡Echate en la cama y calla!

Irena

obedeció.

Yanis le cubrió de crema todas las zonas afectadas de la parte frontal de su cuerpo. Luego, ordenó a su esposa que se levantara y le aplicó crema en la espalda y en las nalgas.

—¿Notas algún alivio?

—le preguntó, al concluir. Irena movió la cabeza.

—Ninguno. Me sigue picando todo, cada vez más terriblemente —informó.

—Espera a que la crema empiece a hacer efecto y verás como te sientes mucho mejor. Toma, aplícamela tú en las manos —rogó Yanis, entregándole el tubo, casi vacío ya.

Irena le cubrió las muñecas de crema, agotándola prácticamente. Al acabar, opinó:

—Deberíamos llamar a un médico, Yanis.

—No podemos, Irena. Tendríamos que hablarle de la roca de oro y la noticia se extendería rápidamente. Nos la quitarían...

—Mejor.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Son veinticinco kilos de oro puro, Irena!

—De algo más que oro puro, Yanis. Y nosotros estamos sufriendo las consecuencias.

—Las manchas desaparecerán, no desesperes.

—Tú estás tan desesperado como yo, porque sabes que las manchas no se irán, ni el picor que producen.

—¡Cállate, maldita sea!

—Llamemos a un médico, Yanis. Tal vez él...

—¡No, no llamaremos a ningún médico! ¡El oro es nuestro, nadie nos lo quitará! —rugió Yanis, poco menos que enloquecido.

Irena

Kazankina
no quiso
insistir.

Como la crema no aliviaba lo más mínimo el intenso picor que producían las manchas oscuras, Irena empezó a rascarse, cada vez más fuerte.
Yanis Avilov no tardó en imitarla y también él se rascó con ganas.

CAPITULO VI

El suave zumbido del despertador interrumpió el sueño de Alan Frazier.

El policía se desperezó en la cama y luego saltó de ella, cubierto sólo con el pantalón del pijama.

Antes de meterse en el cuarto de baño, se acercó a la puerta del dormitorio y la entreabrió silenciosamente.

Vio a Marcia Riddick.

La joven dormía plácidamente sobre el extendido sofá. La azulada sábana se le había ido para abajo.

Tan para abajo, que le cubría los pies y poco más.

Para colmo, uno de los lacitos del rosado camisoncito, concretamente el de su hombro derecho, se había soltado y el seno de la muchacha estaba al descubierto, joven, altivo, excitante.

Alan abrió un poco más la puerta y salió sigilosamente del dormitorio, acercándose al sofá. Cuando lo alcanzó y después de dar una breve ojeada al maravilloso cuerpo de la ex camarera del Galaxia Club, apenas velado por el transparente camisón, tomó la sábana y la cubrió con ella hasta los hombros.

Lo hizo con mucho cuidado, porque si Marcia se despertaba, con lo desconfiada que era, podía pensar que trataba de aprovecharse de ella mientras dormía.

Por fortuna, la joven no se despertó y Alan pudo regresar a su dormitorio sin ser descubierto.

Se introdujo en el cuarto de baño.

Media hora después, salía de él, duchado y afeitado. Se vistió y abandonó el dormitorio.

Marcia Riddick ya no estaba en el sofá, el cual se hallaba ahora plegado. Sobre él, cuidadosamente doblada, se veía la azulada sábana. También el camisoncito y la braguita rosa que la joven se pusiera para dormir.

—¿Marcia...? —llamó Alan.

—¡Estoy aquí, en la cocina! —respondió la muchacha.

Alan fue hacia allí.

Marcia, vistiendo los ceñidos pantalones amarillos y la original blusa que sólo le cubría los senos, estaba preparando un rico desayuno.

—Qué chica tan madrugadora —sonrió Alan. Ella le devolvió la sonrisa.

—Supuse que querías desayunar antes de irte.

—Yo mismo me lo hubiera preparado.

—¿Olvidas que esta tarea me la asignaste a mí? La limpieza de la casa y preparar la comida —recordó la joven.

—¿Qué tal has dormido, Marcia?

—Regular.

—¿No es

cómodo
el
sofá?

—Oh, sí, muy cómodo. Lo que no es cómodo es dormir con un ojo abierto.

—¿Has dormido tú así...?

—Sí.

—¿Por temor a que yo...?

—Sí.

Alan se echó a reír.

—Qué chica tan embustera.

—¿Por qué me llamas embustera?

—Apenas levantarme de la cama, me asomé a la puerta del dormitorio y vi que dormías tranquilamente. Y tenías los ojos cerrados.

—Aparentemente cerrados.

Alan respingó levemente.

—¿De veras...?

Marcia asintió

con la cabeza y añadió:

—Te vi salir del dormitorio, aproximarte silenciosamente al sofá, dar una ojeada a mi cuerpo y cubrirlo con la sábana.

Alan quedó sin habla.

Marcia sonrió y explicó:

—Todo estaba preparado, Alan. La sábana bajada hasta los pies, el lacito del camisón desatado, el seno al descubierto... Quería convencerme de que era cierto que no me habías ofrecido tu casa con la malsana intención de aprovecharte de mí.

—Muy astuta —rezongó el policía.

—¿Estás enfadado, Alan?

—Sí, porque debiste confiar en mí sin necesidad de someterme a tan dura prueba.

—¿De veras fue tan dura? —sonrió pícaramente Marcia.

—Tú sabes que sí. Eres una muchacha preciosa, con un cuerpo sumamente tentador y me fue muy difícil contenerme.

—Demostraste ser un buen tipo, Alan.

—Un tonto, eso es lo que soy —masculló el policía, e hizo ademán de salir de la cocina.

—Alan...

El policía se detuvo, ceñudo.

—

¿Qué?
Marcia, sin decir nada, se acercó a él, le puso las manos en el pecho y le besó en los labios, suave y cálidamente.
—¿A qué viene esto? —preguntó Alan, realmente sorprendido.
—Las buenas acciones deben premiarse y tú has tenido ya varias conmigo. Saliste en mi defensa en el Galaxia Club, me ofreciste tu casa desinteresadamente y respetaste mi cuerpo, pese a verlo casi desnudo.
—¿Y un solo beso de premio, por todo eso?
—¿Te parece poco?
—Bueno, modestamente, creo que me gané por lo menos dos.
—De acuerdo, dos —sonrió maravillosamente Marcia y posó de nuevo sus labios sobre los de él.
Alan se apresuró a pasarle el brazo por la desnuda cintura, la atrajo hacia sí y le devolvió

el beso con ardor.

Marcia estuvo a punto de rechazarle con brusquedad, pero finalmente se lo pensó mejor y se dejó abrazar y besar.

Cuando separaron sus bocas, la joven preguntó:

—¿Tienes alguna botella de oxígeno a mano, Alan?

—¿Te encuentras mal?

—Me has dejado sin respiración.

Alan sonrió.

—Yo, cuando beso a una mujer, la beso de verdad.

—¿Y a cuántas has asfixiado ya? El policía rió.

—Ninguna, afortunadamente.

—Anda, suéltame ya, que si me das otro beso como ése, no lo cuento.

Alan retiró su brazo de la delgada cintura femenina y Marcia se separó de él, haciéndose aire con las manos.

—Vuelve al *living,* labios de ventosa, que el desayuno ya está listo para servir —indicó la joven.

—Si está tan delicioso como tu boca, no voy a dejar ni los platos —repuso el policía.

—¡Fuera de aquí, maldito adulador! —Marcia lo empujó hasta sacarlo de la cocina.

Alan, riendo, se sentó en el *living* y esperó a que la simpática muchacha sirviera el desayuno, lo cual sucedía un par de minutos después.

Desayunaron los dos con buen apetito. Al concluir, Alan elogió:

—Realmente exquisito todo, Marcia. Te has ganado un beso.

—¡Oh, no! —exclamó la joven, poniéndose en pie de un salto.

—Si iba a dártelo en la mejilla...

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Bueno, siendo así... —

Marcia se volvió a sentar.
Alan la besó en la suave
mejilla y se levantó del sofá.
—Hasta luego, preciosa.
—¿A qué hora volverás, Alan?
—No lo sé.
—Procura que sea lo antes posible.
—Lo intentaré —prometió el policía y abandonó la casa.

*
*
*

Ilie Zampfir, comisario de policía de Starville, era un hombre de mediana edad, no demasiado alto pero sí extraordinariamente corpulento.
De origen rumano, tenía el pelo muy negro y rizado, las cejas pobladas, casi juntas, la nariz algo chata, el mentón cuadrado.
Aquella mañana, el comisario Zampfir estaba terriblemente preocupado y no le faltaban motivos para hallarse así.

Uno de sus hombres entró en su despacho y anunció:
—Allan Frazier acaba de presentarse, comisario.
—¿quién?
—Alan Frazier, .el nuevo agente destinado a Starville.
—Oh, sí, Frazier... Que pase.
El policía se retiró.
Segundos después, entraba Alan Frazier vestido de uniforme y con una pistola de rayos paralizantes al cinto.
—Con su permiso, comisario.
—Adelante, Frazier. Y tome asiento.
—Gracias, señor.
Ilie Zampfir esperó que el nuevo agente a sus órdenes se sentase y entonces preguntó:
—¿Qué tal su primera noche en Starville, Frazier?
—Oh, muy bien, señor. Estuve en el Galaxia Club.
—Y le sacudió a un tipo.
Alan respingó en la silla.
—¿Está enterado, comisario...?
Ilie Zampfir sonrió ligeramente.
—Yo siempre me entero de todo, Frazier. Alan

carraspeó.
—Siento haber pegado al tipo, señor, pero es que... —Salió usted en defensa de una camarera, ya lo sé. —Así fue —asintió Alan—. Era una buena chica y el tipo...
—Las chicas que trabajan en locales como ése ya saben que tienen que soportar manoseos, pellizcos y alguna que otra frase obscena,
—Desde luego. Pero Marcia es distinta. Ella no...
—¿Se llama así la muchacha?
—Sí, Marcia Riddick.
—¿La despidieron?
—Al instante.
—Lo suponía.
—Como no tenía dónde ir, la llevé a mi casa.
—Oh...
Alan soltó un carraspeo.
—No piense mal, comisario. Yo dormí en mi cama y Marcia, en el sofá del *living.* Es una buena chica, ya se lo he dicho.
—¿Y qué piensa hacer con ella?
—En cuanto encuentre un empleo decente, se marchará. —Ya.
—¿Hice mal ofreciéndole mi casa, comisario? Ilie Zampfir sonrió bondadosamente.
—No, hizo usted bien, Frazier.
—Gracias, señor.
De pronto, el comisario Zampfir se puso serio.
Alan, adivinando que algo preocupaba a su superior, se atrevió a preguntar:
—¿Algún problema, comisario?

Este asintió con la cabeza.
—Sí, Frazier.
—¿Grave?
Zampfir asintió de nuevo.
—Muy grave.
—¿Puedo ayudarle a solucionarlo, comisario?
—Espero que sí, Frazier. He repasado su historial y sé que ha resuelto usted casos difíciles, tanto en la Tierra como en las colonias terrestres de Marte, Júpiter y Saturno.
—Me gusta mi trabajo, señor, y procuro realizarlo lo mejor posible.
—Lo se.
—Hábleme de su problema, comisario.
Ilie Zampfir realizó una profunda inspiración, antes de informar:
—La noche pasada murieron dos personas, Frazier. Un hombre y una mujer. Jóvenes. Se llamaban Yanis Avilov e Irene Kazankina. Estaban casados.
—¿Asesinados?
—No lo sé.
—¿De qué murieron?
—Tampoco lo sé.
Alan quedó desconcertado.
—¿De veras no sabe de qué murieron, comisario?
Ilie Zampfir movió la cabeza negativamente.
—Ni idea, Frazier.
—¿Puedo ver sus cuerpos, señor?
Zampfir lo miró a los ojos con fijeza.
—¿Tiene usted el estómago fuerte, Frazier? Alan sintió un ligero estremecimiento.
No obstante, respondió:
—Bastante, señor.

—Muy bien. Venga conmigo. Ilie Zampfir se puso en pie. Alan Frazier le imitó.

Salieron los dos del despacho.

El comisario Zampfir condujo a su nuevo y brillante agente a una fría habitación, ubicada en el sótano de la comisaría.

Allí había dos camillas. Sobre ellas, dos cuerpos. Cubiertos con sábanas.

El comisario Zampfir hizo una seña al agente que vigilaba la habitación, un tipo alto y robusto, que no tenía muy buena cara, en aquel momento.

El fornido policía tragó saliva con alguna dificultad y, procurando no mirar directamente las camillas, retiró las sábanas que cubrían los cuerpos sin vida de Yanis Avilov e Irene Kazankina.

CAPITULO VII

La impresión que se llevó Alan Frazier fue terrible. Jamás había visto nada igual.

Los cuerpos de Yanis Avilov e Irena Kazankina tenían un tono espantosamente oscuro, casi negro, y estaban cubiertos de heridas, de las que había brotado una sangre casi negra también.

Era realmente estremecedor, pues aunque las heridas no eran profundas, había tantas que casi toda la piel de sus cuerpos había desaparecido, como arrancada a tiras.

Por otra parte, las facciones de los cadáveres, terriblemente contraídas, hacían sospechar que tanto Yanis Avilov como Irena Kazankina habían sufrido horriblemente, antes de expirar.

Alan Frazier se fijó en las manos de las víctimas. Rígidas. Crispadas. Llenas de sangre. De aquella sangre tan oscura, casi negra...

—¿Es suficiente, Frazier? —preguntó Ilie Zampfir, cuyas facciones también acusaban el horroroso espectáculo que sus ojos estaban presenciando.

Alan asintió levemente con la cabeza.

—Sí, es suficiente, comisario.

Zampfir miró al agente que vigilaba la habitación y éste se apresuró a cubrir los cadáveres.

—¿Qué opina usted? —preguntó el comisario.

—Que es lo más espantoso que he visto jamás, señor.

—También yo.

—El color de su carne, casi negra...

—El forense analizó unas muestras de tejido y no encontró nada extraño. Tampoco en su sangre.

—¿Y las heridas...?

—Parece ser que se las causaron ellos mismos, con sus uñas, al rascarse el cuerpo con desesperación —explicó Zampfir.

Alan Frazier se estremeció de horror al oír aquello.

—¿Qué les obligaría a rascarse de ese modo tan brutal y doloroso?

—Yo pensé que habían ingerido algún alimento en mal estado, o deliberadamente envenenado, pero el forense descarta rotundamente esa posibilidad. No hay nada en sus organismos que permita sospechar tal cosa.

—Entonces, fue algo que les ocurrió exteriormente... -murmuró Alan.

—Exacto —cabeceó Zampfir—. Tocaron o les aplicaron algo que alteró el color de su piel y que les causó ese terrible picor. Esto último parece confirmarlo el hecho de que, en la habitación donde fueron hallados sus cuerpos, se encontró un tubo, vacío, de crema para suavizar las irritaciones de la piel y calmar los picores de intoxicaciones, picaduras de insectos y demás.

—¿Se la aplicaron en sus cuerpos?
—Sí, el forense lo ha confirmado.
—Evidentemente, no alivió sus picores...
—
En absoluto.
—¿Por qué no llamaron a un médico, entonces?
—No lo sé. Tal vez porque no querían hablar de lo que les había producido ese terrible picor en la piel. O porque no les dejaron... Es lo que tenemos que averiguar, Frazier. Pue- de que su muerte se debiera a un infortunado accidente, pero también puede ser que fuera provocado por alguien.
—¿No han hallado ninguna pista en su casa?
—Absolutamente nada, a excepción del tubo de crema vacío. Como dato puramente anecdótico, el forense me informó de que Yanis e Irene habían hecho el amor recientemente. En el conducto vaginal de ella encontró licor seminal. El acto sexual, obviamente, debió tener lugar antes de producirse la tragedia, cuando todavía los dos se hallaban perfectamente.
—¿A qué se dedicaba Yanis Avilov? —preguntó Alan.
—Era decorador, pero parece ser que últimamente andaba escaso de trabajo y tenía problemas económicos —informó Zampfir.
—
¿Salió ayer de Starsville?
—
Sí, por

la tarde.

—¿Se sabe adónde fue?

—A Cosmos City.

—¿Qué hizo allí?

—Entrevistarse con un tipo que quería contratarle para decorar su casa, pero no llegaron a un acuerdo porque tenían ideas muy distintas.

—Regresaría de mal humor, pues.

—No, eso es lo curioso. El empleado del hangar donde Yanis Avilov dejaba su vehículo espacial, asegura que regresó muy contento de Cosmos City. El tipo dice que nunca había visto a Yanis tan alegre.

—Qué extraño —rezongó Alan.

—Sí que lo es —asintió el comisario Zampfir—. Y también que portase un saco especial, de los que se utilizan fuera de las ciudades, en la densa atmósfera venusiana. Bueno, lo realmente extraño es que dicho saco no haya sido encontrado en su casa.

—¿Qué portaba en ese saco?

—El empleado del hangar no pudo verlo, porque lo llevaba bien cerrado. Pero dice que debía pesar bastante, de veinte a

treinta kilos.

—¿Han registrado bien la casa?

—Por supuesto.

—Y ni rastro del saco...

—Eso, ni rastro.

—Pues hay que encontrarlo, comisario. Ahí puede estar la clave de todo.

—¿Usted cree?

—El hecho de que el saco fuese especial hace suponer que, fuese lo que fuese lo que Yanis Avilov llevara en él, lo había recogido en el suelo de Venus, porque esos sacos,

usted lo ha dicho, no se utilizan en las ciudades. Algo debió llamar la atención de Yanis cuando regresaba a Starsville. Posó su aparato en el suelo, salió de él, debidamente equipado, recogió el objeto o la cosa que le hiciera detenerse en la superficie venusiana y lo guardó en el saco. Quizá se tratara de algo sumamente valioso, de ahí la alegría de Yanis.

—¿Y qué puede hallarse de valioso en el suelo de Venus, calcinado por las elevadas temperaturas? —repuso Zampfir.

—Lo sabremos en cuanto encontremos el saco, comisario.

—En casa de Yanis no está.

—Puede que esté oculto en algún lugar secreto. O que alguien se lo llevara, tras la muerte de Yanis e Irena.

—Eso último es lo que yo pienso, Frazier.

—Dígame dónde vivían Yanis e Irena, comisario. Quiero revisar personalmente la casa. Ilie Zampfir se lo indicó y añadió:

—Dos de mis hombres siguen allí. Les diré que va usted para allá, Frazier.

—Gracias, comisario. Si descubro algo, se lo notificaré inmediatamente —prometió Alan.

*
*
*

Guido Streidt y Zenon Woronin eran los dos agentes que habían quedado en la casa de Yanis Avilov e

Irena Kazankina.

El primero, de origen germano, medía 1,85 de estatura, era delgado y tenía el pelo rubio, abundante y ondulado. El segundo, de origen polaco, era más bajo y más corpulento; tenía el pelo oscuro y corto.

Mientras vigilaban la casa, la revisaban por enésima vez de arriba abajo, tratando de hallar el saco especial que mencionara el empleado del hangar donde Yanis Avilov solía dejar su vehículo espacial.

El polaco Zenon soltó un gruñido y rezongó:

—Es inútil, Guido. Ese maldito saco y lo que había dentro no está en la casa.

—Lo mismo pienso yo. Alguien se lo llevó —repuso el germano Guido.

—Yo no lo busco más.

—El comisario Zampfir nos ordenó que siguiéramos revisándolo todo.

—¿Para qué, Guido? Es perder el tiempo tontamente.

—Mira otra vez en el armario de la ropa.

—Ya lo he revisado siete veces y sólo hay eso, ropa.

—Revísalo una vez más —sonrió Guido.

—Maldita sea... —mascculló Zenon, metiéndose en el armario. Era lo que el astuto Guido quería.

El germano tenía ganas de diversión, y como una de las cosas que más le divertían era hacer rabiar al gruñón de Zenon, encerró a éste en el armario y dijo:

—

¡Caíste en la trampa, Zenon!

A través de la puerta del armario llegó nítidamente el taco que soltó el polaco.

—¡Abre en seguida, Guido! ¡Abre o echo la puerta abajo! —rugió, golpeándola con los puños.

—¿Qué dices, que te gusta el ajo...?

—¡Qué ajo ni qué trasero de mono! ¡Lo que digo es que abras la puerta inmediatamente o la derribo!

—Al comisario no le gustaría que destrozaras el armario, Zenon.

—¡Pues te juro que lo haré si no abres!

—Canta una canción y te abro en seguida.

—¡Y un cuerno, voy a cantar!

—Me gusta el título. Adelante, Zenon. El polaco soltó otro taco.

—¡Estás acabando con mi paciencia, Guido!

—Venga, sé buen chico y cántame un poquito. Ya sé que tienes voz de mula asmática y que desafinas como un serrucho, pero a mí me encanta oírte rebuznar, digo cantar.

—¡Te juro que en cuanto salga de aquí...! —empezó a ladrar el polaco, que golpeaba ya la puerta del armario con los pies y manos.

De pronto, se interrumpió y dejó de aporrear la puerta.

Involuntariamente, le había dado con el puño al interruptor de la luz y el armario quedó a oscuras.

Gracias a ello, Zenon descubrió la diminuta grieta que había en uno de los ángulos inferiores del armario, en la pared del fondo, y por la cual se filtraba un extraño resplandor.

Guido, al ver que su compañero se quedaba callado y dejaba de golpear la puerta, preguntó:

—¿Ocurre algo, Zenon?

—Abre, Guido —rogó el polaco, que ya no parecía enfadado.’

—¿Prometes no sacudirme?

—Tengo algo más importante que hacer. El germano abrió la puerta.

Al encontrar el armario a oscuras, preguntó:

—¿Por qué has apagado la luz?

—Fue sin querer, pero mira lo que he descubierto —Zenon señaló la insignificante grieta.

—¡Hay luz al otro lado! —exclamó Guido.

—Sí. Y eso quiere decir que...

—¡Que el armario tiene un doble fondo!

—Exacto, Guido.

—¡Enciende la luz, rápido! ¡Tenemos que encontrar el resorte secreto que abre el doble fondo!

Zenon accionó el interruptor y el armario se iluminó.

Pocos minutos después, Guido descubría el disimulado resorte.

—¡Lo encontré, Zenon!

—Acciónalo, Guido.

El germano hizo funcionar el resorte y el doble fondo del armario se abrió, dejando ver

el saco que contenía la roca amarillenta y brillante que causara la muerte, horrible y do- lorosa muerte, a Yanis Avilov e Irena Kazankina.

CAPITULO VIII

La boca del saco no estaba cerrada y por allí escapaba el resplandor que se filtraba por la diminuta grieta.

—El saco, Guido... —murmuró Zenon Woronin.

—Y dentro hay algo que brilla con fuerza... —añadió Guido Streidt. Zenon abrió más el saco y descubrió la fantástica roca.

Sus ojos se dilataron.

—¡Es oro, Guido! ¡Una roca de oro puro! —exclamó, haciendo un par de gallos con la voz.

El germano movió la boca, pero no consiguió articular palabra.

Zenon, terriblemente nervioso, metió las manos en el saco y tomó la roca, que se había enfriado por completo, con el paso de las horas.

—¡Cómo pesa, Guido! ¡Debe valer millones y millones!

Guido no pudo resistir la tentación de tocar la fabulosa roca y puso sus manos sobre ella, acariciándola como si se tratara de una mujer hermosa.

—No puedo creerlo, Zenon... —murmuró, estupefacto todavía.

—Empiezo a comprender lo que les pasó a Yanis Avilov e Irena Kazankina —dijo el polaco—. Yanis debió hallar esta fantástica roca de oro a su regreso de Cosmos City, por eso venía tan contento. Alguien debió verle coger la roca y decidió arrebatársela. Torturó a Yanis y a su mujer para que le dijesen dónde la habían escondido, pero murieron sin revelarlo. El tipo buscó desesperadamente la roca, pero no pudo dar con ella y se largó.

Guido se quedó

mirándolo.
—¿De veras piensas que Yanis y su esposa fueron torturados, Zenon?
—¡Claro! ¿Qué otra explicación cabe, después de ver cómo quedaron sus cuerpos? El germano no dijo nada.
—¡Toma, sostén la roca y sabrás lo que pesa! —rió Zenon, pasándosela a su compañero. Guido la sopesó.
—Veinticinco kilos, por lo menos —calculó.
—¡De oro puro, Guido!
—Qué maravilla.
En aquel momento se escuchó un suave e intermitente zumbido.
Era la señal de llamada del pequeño transmisor que llevaba Zenon enganchado a su cinto. También Guido llevaba uno.
El polaco lo tomó, pulsó un botón y se acercó el aparatito a la boca.
—Aquí Zenon.
Del ingenio electrónico surgió la recia voz de Ilie Zampfir.
—Soy el comisario Zampfir. ¿Alguna novedad, Zenon?
El polaco miró a Guido con un extraño brillo en los ojos y respondió:
—Ninguna, señor.
Guido respingó ligeramente.

Fue a decir algo, pero Zenon, con el gesto, le ordenó que siguiera callado.

—Sigue sin aparecer el saco, ¿eh? —rezongó Zampfir.

—Así es, comisario —mintió Zenon—. Pero Guido y. yo seguimos buscándolo.

—Bien. Dentro de unos minutos estará con vosotros Alan Frazier, el nuevo agente destinado a Starsville. Quiere revisar la casa personalmente.

El polaco se envaró.

—¿Ya viene hacia aquí, señor? —preguntó, procurando que su voz no delatase la tensión que mantenía rígido su cuerpo.

—Sí, acaba de dejar la comisaría —asintió su superior.

—Muy bien, comisario. ¿Alguna cosa más, señor?

— Es todo, Zenon.

Ilie Zampfir cortó la llamada.

Zenon cerró su transmisor y lo devolvió nerviosamente al cinto.

Guido, que le miraba con cara de idiota, murmuró:

—¿Por qué le has dicho al comisario que...?

Zenon, sin responder, le quitó la brillante roca de las manos y la guardó en el saco, cuya boca cerró herméticamente, para que no escapara el resplandor de la roca. Después de cerrar también el doble fondo del armario, sacó a su perplejo compañero de allí y, cogiéndolo con fuerza de los hombros,

dijo:

—Escúchame bien, Guido. Sólo tú y yo sabemos dónde está la roca de oro. Nadie más la descubrirá. Ni siquiera ese Alan Frazier.

—Pero...

—Esos veinticinco kilos de oro puro serán para nosotros, Guido. No sé cómo ni cuando lograremos sacar la roca de su escondrijo y llevarla con nosotros a la Tierra, pero ya encontraremos la manera. Mientras tanto, silencio absoluto.

—Zenon...

—Tranquilízate, Guido. No estamos robando a nadie. La roca pertenecía a Yanis Avilov y su mujer, pero ellos han muerto. Y no los matamos nosotros.

El germano se mojó los labios con la lengua.

—No saldrá bien, Zenon, lo presiento.

El polaco le palmeó cariñosamente las mejillas, al tiempo que le sonreía.

—Dices eso porque estás nervioso, Guido. Todo saldrá bien, ya lo verás. Procura serenarte y comportarte con naturalidad cuando llegue Alan Frazier. Le dejaremos que busque el saco. Ya se cansará, como nos cansamos nosotros.

—Supón que, por casualidad, o porque es un tipo muy listo, descubre el doble fondo del armario... ¿Qué pasaría entonces?

—Nada, ¿qué iba a pasar? Simplemente, que tú y yo seguiríamos siendo policías hasta el día de nuestra jubilación y, por tanto, pobres toda la vida, sólo eso —respondió Zenon, mientras pensaba: «Por su bien, espero que Alan Frazier no encuentre la roca.»

Y es que el polaco no estaba dispuesto a renunciar a la roca de oro puro. Sería capaz de cualquier cosa por conservarla.

Incluso de matar...

*
*
*

Alan Frazier llamó a la puerta de la casa que habitaran los infortunados Yanis Avilov e
Irena Kazankina.
Segundos después, Zenon Woronin le abría, tranquilo y sonriente.
—¿Alan Frazier...? —preguntó.
—El mismo —asintió Alan, risueño.
—Yo soy Zenon; Zenon Woronin. El comisario Zampfir nos avisó de que venías para acá. Pasa, compañero.
Alan entró en la casa. Zenon cerró la puerta.
—Guido Streidt y yo estábamos echando un nuevo vistazo al dormitorio, que es donde ocurrió la tragedia. Ven y conocerás a ese larguirucho.
Alan se dejó conducir por el polaco.
Ya en el dormitorio, Zenon, siempre sonriente, para no despertar sospechas, dijo:
—Ya llegó Alan Frazier, Guido. Alan, te presento a Guido Streidt.
El germano, bastante menos sereno que su compañero, sonrió forzadamente y tendió su diestra al recién llegado, cosa que no había hecho Zenon.
—Mucho gusto, Alan.
Este ya se disponía a estrechársela, cuando descubrió que la palma de la mano de
Guido no tenía un color normal.
Menos mal que se dio cuenta a tiempo, porque si llega a estrecharla...
El germano, al ver que Alan Frazier no aceptaba su mano, se puso más nervioso aún y miró a Zenon de forma interrogante.
—¿Ocurre algo, Alan? —preguntó el polaco, tan sorprendido como su compañero.

—¿Qué le pasa a Guido en la mano? Tiene la palma oscurecida, violácea... —observó Frazier.

El germano se la miró.

Dio un respingo al comprobar que, efectivamente, la palma de su mano se estaba tornando oscura.

Guido, repentinamente pálido, se miró la otra mano.

Ocurría exactamente lo mismo.

Zenon se miró las suyas.

Respingó con fuerza, porque también las palmas de sus manos se estaban tornando violáceas.

—¿Qué diablos significa esto...? —masculló.

—Que habéis tocado lo mismo que tocaron Yanis Avilov e Irena Kazankina —adivinó Alan.

—¡Nosotros no hemos tocado nada! —se exaltó el polaco.

—¡La roca, Zenon! —exclamó el germano.

—¡Cállate, Guido! —ordenó Zenon, mirando a su compañero de forma amenazante. Alan entrecerró los ojos.

—¿De qué roca habláis? —interrogó.

—¡De la que encontramos en el...! —empezó a revelar Guido.

—¡Maldito estúpido! —rugió Zenon, tirando velozmente de su pistola de rayos paralizantes.

No disparó sobre el germano, sino sobre Alan Frazier.

Por fortuna, éste no se había quedado quieto, sino que se había desplazado hacia su izquierda, en un salto prodigioso, y el rayo paralizante no le alcanzó.

Cuando los pies de Alan descansaron de nuevo en el suelo, el joven ya tenía en la diestra su pistola.

La hizo funcionar.

El rayo paralizante brotó instantáneamente, alcanzando en el pecho a Zenon Woronin. El polaco se convirtió en una estatua.

Un par de segundos después, se derrumbaba todo de una pieza, con los ojos abiertos. Alan apuntó a Guido Streidt con su arma, por si a éste se le ocurría empuñar su pistola. Pero el germano no tenía ganas de lucha.

Estaba demasiado aterrado.

—Mis manos... —musitó, mirándoselas con horror—. Se están volviendo oscuras y empiezo a sentir un extraño y molesto picor en ellas...

—Háblame de la roca, Guido —ordenó Alan, sin enfundar su pistola. Guido lo miró, con un brillo agudo en los ojos.

—Ella tiene la culpa de todo, Alan... Es tan hermosa como peligrosa. No se debe tocar. Zenon dijo que Yanis Avilov y su mujer habían sido torturados por alguien, para obligarles a confesar dónde guardaban la valiosa roca, pero estaba equivocado. Yanis Avilov y su esposa murieron porque tocaron la fantástica roca, y Zenon y yo vamos a morir también... ¡Maldita roca asesina! —apretó rabiosamente los puños.

Alan observó que también las mejillas del germano se estaban tornando oscuras.

Zenon se las había palmeado cariñosamente, como se recordará y las consecuencias estaban allí.

—Procura calmarte, Guido, y dime dónde está esa roca que tú y Zenon habéis tocado —

rogó Alan.

—El armario de la ropa tiene un doble fondo. Allí está el saco especial y dentro de él, la condenada roca... —confesó el germano.

—Abre ese doble fondo, Guido —indicó Alan. Guido obedeció, moviéndose como un autómata.

Alan le ordenó que tomara el saco y lo dejara en el suelo de la habitación, abierto. Guido lo hizo, y la brillante y peligrosa roca dorada quedó visible.

—¡Parece de oro! —exclamó Alan, asombrado. Guido sonrió tristemente.

—Eso fue lo que nos cegó a Zenon y a mí. Queríamos quedarnos con ella, llevarla a la Tierra con nosotros en cuanto tuviésemos oportunidad, hacernos ricos... Lejos estábamos de sospechar que el hallazgo de la valiosa roca iba a significar nuestra muerte. Una muerte horrible, espantosa... —se estremeció visiblemente.

Alan lo miró, con pena.

—No desesperes, Guido. Avisaré inmediatamente al comisario Zampfir y dentro de unos minutos, tú y Zenon estaréis en manos de los médicos.

El germano movió la cabeza lentamente.

—Nada podrán hacer por salvarnos, lo sé. El demoníaco poder de la roca no se puede combatir, moriremos irremisiblemente, negros nuestros cuerpos, retorciéndonos con desesperación, como murieron Yanis Avilov e Irena Kazankina...

—Llamaré al comisario —dijo quedamente Alan, y tomó su pequeño transmisor.

Ya estaba pulsando el botón de llamada, cuando Guido Streidt echó a correr hacia el cuarto de baño.

—¡Guido! —llamó Alan, interrumpiendo su acción.

El germano no se detuvo.

Sé introdujo en el cuarto de baño y cerró la puerta, echando el cerrojo. Alan rezongó una maldición y corrió hacia allí.

Temía que Guido intentara quitarse la vida, para evitarse sufrimientos. Alan cargó contra la puerta con el hombro.

A la tercera embestida, el cerrojo saltó.

Pero ya era tarde.

Guido Streidt yacía en el suelo, boca arriba, sobre un gran charco de sangre.

Se había degollado con una navaja de afeitar, después de cortarse las venas de sus muñecas.

Nada se podía hacer por él.

Estaba muerto.

CAPITULO IX

Alan Frazier llamó al comisario Zampfir, al que informó de todo, aunque con brevedad. Ya le ampliaría detalles cuando hablase personalmente con él.

Ilie Zampfir se personaba en la casa de Yanis Avilov e Irena Kazankina pocos minutos después, acompañado de algunos de sus hombres y de un médico.

Zenon Woronin seguía en el suelo, bajo los efectos del rayo paralizante que le disparara
Alan y que duraban unos treinta minutos.

El dorso de sus manos y sus muñecas ya se estaban oscureciendo también, y de no hallarse su cuerpo paralizado por el rayo, el polaco ya se estaría rascando con ganas, porque el picor era cada vez más fuerte.

Pero, más que a Zenon Woronin, el comisario Zampfir, sus hombres, y el médico, miraban la brillante roca que descansaba en el saco especial.

—Conque esto fue lo que encontró Yanis Avilov cuando regresaba de Cosmos City, ¿eh?
—murmuró Zampfir.

—Y lo que le causó la muerte a él y a su esposa —añadió Alan.

—Tendremos que llevarla a un lugar seguro, donde nadie pueda tocarla.

—Tampoco a Zenon se le puede tocar, comisario. Con las manos desnudas, al menos. Ilie Zampfir se fijó en el polaco, que seguía tieso como la mojama y parecía mirar a la
nada.

—Si no hubiesen tocado la roca... —rezongó.

—La codicia les cegó, ya se lo expliqué.

—¿Cree que podrá hacer algo por él, doctor Mendoza?

Hilario Mendoza, un tipo menudo, de revuelta cabellera plateada, rostro inteligente y cuarenta y dos años de edad, no se mostró demasiado optimista.

—Para atajar un proceso infeccioso, hay que conocer las causas que lo provocaron, comisario Zampfir. Y en este caso, desgraciadamente, no se conocen. Sabemos, sí, que la roca, aparentemente de oro puro, es portadora de algún elemento que oscurece la piel de los seres humanos que ponen sus

manos en ella, causando un picor difícil de resistir, pero ignoramos cuál es el elemento y por tanto, cómo combatirlo —explicó serenamente el médico.

—El profesor Quax se pondrá a estudiar la roca inmediatamente, ya le he avisado —repuso Zampfir.

—Tendrá que darse prisa, porque las manchas violáceas se extienden con rapidez —observó el doctor Mendoza.

*
*
*

La roca asesina, como la llamara el infortunado Guido Streidt, fue trasladada con las debidas preocupaciones a una hermética habitación y colocada en el interior de una campana de sólido material transparente, igualmente hermética.

William Quax, prestigioso científico, pese a su juventud —contaba sólo treinta y tres años—, ya estaba trabajando con la dorada roca, consciente de que la vida de Zenon

Woronin podía depender de que él descubriese a tiempo el elementó nocivo que portaba la roca y que el médico forense no había podido hallar en los organismos de Yanis Avilov e Irena Kazankina.

Mientras tanto, Zenon Woronin había sido instalado en una camilla, completamente desnudo, para poder observar la progresión de las manchas oscuras, que ya le cubrían totalmente los brazos, el cuello y parte del pecho.

El doctor Mendoza que se hallaba a su derecha, le había sujetado a la camilla con anchas correas de plástico, para evitar que, cuándo cesasen los efectos del rayo paralizante, el polaco se desgarrara la carne con sus uñas, al rascarse con desesperación.

Fue una medida muy acertada, pues, apenas salir de su obligada inmovilidad, Zenon Woronin empezó a gritar y a contorsionarse en la camilla, tratando de hacer saltar las correas de plástico.

Por fortuna, eran terriblemente sólidas y resistieron la fuerte presión de los vigorosos músculos del polaco.

El doctor Mendoza trató de calmarle.

—Tranquilo, Zenon. Pronto estarás bien.

—¡No me engañe, sé que voy a morir! ¡Mi cuerpo se está tornando violáceo y siento un picor insufrible!

—Estamos tratando de hallar el modo de combatir la infección, no desesperes.

—¡Suélteme las correas, doctor! ¡Tengo que rascarme, no puedo resistir más!

—Te lastimarías con las uñas.

—¡No me importa! ¡Voy a morir de todos modos, así que deje que...!

—No, Zenon. Seguirás atado a la camilla hasta que podamos tratarte adecuadamente.

—¡Me soltaré! ¡Romperé las correas! —rugió el polaco, exigiendo el máximo a sus músculos, que se hincharon de manera increíble.

El doctor Mendoza se asustó, pues conocía la extraordinaria fortaleza de Zenon y le creía capaz de vencer la resistencia de las correa?.

—¡Tranquilízate, Zenon, por Dios! ¡Te sujeté a la camilla por tu bien!

El polaco, dominado por la ira y la desesperación, siguió con los músculos en terrible tensión, hasta el punto de lastimarse con las correas, que se clavaron en su carne e hicieron brotar la sangre.

Una sangre fea, mucho más oscura de lo normal.

El doctor Mendoza corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y se asonó al corredor, donde aguardaban el comisario Zampfir y Alan Frazier.

—¡Comisario Zampfir!

—¿Qué sucede? —preguntó Ilie Zampfir, alarmado.

—¡Zenon parece haberse vuelto loco, está a punto de hacer saltar las correas!

—¡Corramos, Frazier!

El comisario Zampfir y Alan Frazier entraron velozmente en la habitación, cuya puerta cerró el médico.

Ambos se estremecieron al ver los tremendos esfuerzos que realizaba Zenon Woronin, los espantosos gritos que daba, el brillo de locura que tenían sus ojos...

—¿No puede anestesiarle, doctor? —sugirió Alan.

—Si, eso iba a hacer, pero tuve miedo de que se soltara mientras le inyectaba, por eso

les llamé —explicó el médico.
—¡Inyéctele, rápido! —apremió Zampfir, porque a cada instante que pasaba, Zenon se lastimaba más brazos, piernas y tórax con las firmes correas.
El doctor Mendoza preparó la anestesia en unos segundos y acercó[1] la aguja hipodérmica al musculoso y tenso brazo del polaco.
En aquel preciso instante, la correa que sujetaba ese brazo saltó.
—¡Cuidado, doctor! —rugió Alan, desenfundando su pistola como un rayo.
Al ver que la violácea mano de Zenon buscaba el cuello del médico y temiendo que a éste no le diera tiempo a apartarse, Alan apretó el gatillo.
El rayo paralizante alcanzó al polaco, que se quedó quieto al instante, el brazo en alto, sus crispados dedos muy cerca del cuello del doctor Mendoza, quien no había acertado a reaccionar.
El médico, muy pálido, se volvió hacia Alan.
—Creo que le debo la vida, Frazier. Si Zenon llega a tocarme con su mano... —se estremeció sólo de pensarlo.
Alan enfundó su arma e indicó:
—Inyéctele la anestesia y ordene que pongan una correa nueva, doctor. Ilie Zampfir palmeó la espalda del agente.
—Posee usted una envidiable rapidez de reflejos, Frazier. Yo ni siquiera llegué a sacar mi pistola.
—Siento pena por Zenon, comisario —dijo Alan.
—Sí, yo también —suspiró tristemente Zampfir—. Vamos a

ver si el profesor Quax ha descubierto ya algo.

—Buena idea —aprobó Alan.

*
*
*

William Quax no había averiguado mucho, pero lo poco que había descubierto ponía los pelos de punta y así se les pusieron al comisario Zampfir y a Alan Frazier cuando el científico informó:

—La roca no es de oro, comisario. Al menos, no del oro que nosotros conocemos. Ese metal es muchísimo más duro. El agua regia (1), en vez de disolverlo, parece que lo acari- cia. Tampoco el calor puede con él. Sabido es que el punto de fusión del oro es de 1.063 °C. Pues bien, yo lo he expuesto a varios miles de grados centígrados, y la roca, tan fresca. Bueno, lo de fresca es un decir, claro. Se calienta, naturalmente, pero no se funde. Por último, y esto es lo más grave, no encuentro nada en ella que nos pueda explicar por qué la piel humana se torna violácea algunos minutos después de haber tomado contacto con la roca y surgen esos terribles picores. El elemento nocivo que transporta, es indetectable. Siento mucho tener que decirle esto, comisario Zampfir, porque sé que Zenon Woronin morirá sin remisión, al no poder combatir su enfermedad por ignorar la causa de la misma, pero...

(1) **Combinación del ácido nítrico con el clorhídrico.**

Ilie Zampfir, apesadumbrado, rogó:

—Siga trabajando, profesor. Quizá tenga suerte y logre al fin detectar ese..., esa... Bueno, lo que sea —rezongó, y él y Alan Frazier volvieron con el doctor Mendoza, para seguir de cerca la evolución de la enfermedad que padecía Zenon Woronin y que, de no ocurrir un milagro, iba a acabar muy pronto con la vida del fornido polaco.

CAPITULO
X

El milagro no se produjo y un par de horas después, Zenon Woronin, totalmente ennegrecido su cuerpo ya, fallecía, hallándose todavía bajo los efectos de la anestesia que le inyectara el doctor Mendoza.

Esto, al menos, le evitó terribles sufrimientos y expiró sin darse cuenta de que se moría.

El cadáver del polaco pasó a disposición del médico forense, para su estudio, aunque nadie confiaba en que la autopsia revelase nada, como nada revelaran las autopsias de Yanis Avilov, Irena Kazankina y Guido Streidt, cuyo cuerpo, después de que el germano se quitase la vida con la navaja de afeitar de Yanis, en un arrebato de desesperación, había seguido oscureciéndose, hasta quedar ennegrecido de pies a cabeza.

El profesor Quax seguía estudiando la brillante roca, pero sin ningún resultado positivo hasta el momento.

Como ya era mediodía, el comisario Zampfir dijo a Alan Frazier que podía ir a su casa un par de horas para almorzar y descansar un poco.

Alan no se hizo de rogar, pues si bien no tenía demasiado apetito, después de las horrorosas escenas presenciadas, estaba deseando ver de nuevo a Marcia Riddick, la ex camarera del Galaxia Club.

La joven se alegró mucho al verle llegar y no hizo nada por disimularlo.

—¡Alan! —exclamó, caminando hacia él.

Se había cambiado de ropa y ahora lucía un pantaloncito, muy corto y brillante, y una miniblusa color canela, que le dejaba al descubierto los redondos hombros y el moreno estómago.

El policía se quedó mirándola.

—Qué bien te sienta eso, Marcia.

—¿Vas a empezar a piropearme? —preguntó ella, parándose a un metro de él, porque temía que si se acercaba más... —¿No te gusta que te diga que me gustas?

—Gramaticalmente, la frase es un desastre.

—Sí, tienes razón —rió Alan—. pero es la verdad, Marcia. Me gustaste desde el primer momento.

—Cuando me tomaste por una calientacamas.

—Por favor, no me lo recuerdes.

La joven sonrió encantadoramente.
—Prometo no volver a mencionarlo.
Alan dio un paso adelante y puso sus manos sobre las caderas femeninas.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó Marcia, preparándose para una rápida huida.
—Darte un beso.
—¿Dónde?
—En los labios.
—Te lo prohíbo.
—¿Por qué?
—Besas en plan ventosa y hay peligro de asfixia.

—Cuando quieras que interrumpa el beso, tironéame la oreja izquierda —indicó Alan, y besó la jugosa boca femenina, al tiempo que estrechaba entre sus brazos aquel cuerpo joven, esbelto y tentador.

Marcia no puso objeciones.

Cuando ya la boca de Alan llevaba pegada a la suya unos treinta segundos, la muchacha levantó la mano derecha en busca de la oreja zurda del policía.

Lo del tirón parecía un hecho.

Pero, no.

Tras una breve vacilación, la mano de Marcia pasó de largo y se posó en la nuca de Alan, donde presionó, como pidiendo que el beso fuese aún más apretado y apasionado.

Así lo entendió Alan y se apresuró a complacerla, volviéndose el beso mucho más intenso y profundo.

Sus bocas permanecieron unidas casi cuatro minutos, asi como sus cuerpos, transmitiéndose mutuamente su calor.

Cuando, por fin, Alan separó sus labios de los de Marcia, la muchacha, con los ojos cerrados, murmuró:

—Tú acabará conmigo, Alan...

—¿Por qué no me tironeaste la oreja, como te indiqué? —preguntó el policía, sin soltarla.

Ella abrió suavemente los ojos y le sonrió.

—Hay muertes agradables, y ésta podría ser una de ellas.

—¿Quieres decir que te

gustó?
—
Mucho.
—A petición del público, se repite la escena —sonrió Alan, y buscó de nuevo los deliciosos labios femeninos.
—No —
dijo
Marcia,
frenándole.
—
¿Por
qué?
—Es demasiado peligroso besarse así. Excita los sentidos y corro el riesgo en la cama, con alguien que yo sé encima de mí.
—
Sería
maravilloso.
—
Prometiste
respetarme,
Alan.
—Y lo voy a hacer, no te preocupes. No te forzaré a nada, pero quiero que sepas que me gustas mucho. Y no sólo físicamente, que es lo importante.
—¿Te
estás
enamorando
de mí?
—
Juraría
que
sí.
—Sería todo un flechazo, porque
nos conocimos anoche.
—Por eso no me atrevo a decirte todavía que te quiero.
Tengo que estar seguro. De mis sentimientos y de los tuyos.
—Tú a mí también me gustas, Alan, pero estoy de acuerdo en que debemos conocernos mejor, antes de hablar de amor y de matrimonio. ¿O el matrimonio no entra en tus planes? —quiso saber Marcia.
Alan
le

acarició
la
mejilla.
—Si llego a quererte todo lo que yo pienso que puedo quererte, te pediré que te cases conmigo —prometió.

—Puede que acepte —sonrió coquetamente ella.
—Pobre de ti, como me rechaces.
—¿Qué me harías?
—Hacerte cambiar de idea a besos.
—Será cuestión de ir preparando un par de botellas de oxígeno —bromeó la joven.
—Pocas me parecen —repuso Alan, y le cubrió nuevamente la boca con la suya.
Marcia, pese a que seguía pensando que besarse de aquel modo entrañaba un evidente peligro, porque encendía la llama del deseo, no opuso ninguna resistencia.
Si acababan en la cama, mala suerte.
¿Mala...?
Marcia empezaba a tener sus dudas.

*

* * Mientras

almorzaban, Marcia

Riddick adivinó:

—A ti te preocupa algo, Alan.
—Sí, es cierto —asintió el policía.
—¿Soy yo la causa de tu preocupación?
—No, claro que no —sonrió suevamente Alan Frazier, oprimiendo con cariño la mano de la muchacha.
—¿Seguro?
—Seguro.
—Si es por mi negativa a hacer el amor contigo, quiero que sepas que yo...
—Tranquilízate, eso no me preocupa en absoluto. Sé que ese momento llegará cuando deba llegar y que los dos gozaremos plenamente de él, porque ambos lo desearemos.
—¿Qué es, entonces?
—No quería hablarte de ello, porque es muy desagradable, pero como tarde o temprano te enterarás, voy a contártelo.
Alan informó a la

joven de todo lo
sucedido. Marcia,
pálida y estremecida,
musitó:
—Qué horror, Dios mío...
—Escalofriante, sí.
—¿De dónde procederá esa roca, Alan?
—De algún planeta lejano, sin duda. Cayó casualmente en Venus, Yenis Avilov la encontró, y...
—Y ya han muerto cuatro personas por su culpa.
—Nadie más morirá, porque la roca está en lugar seguro, totalmente aislada.
Alan y Marcia dialogaron algunos minutos más, tras el almuerzo, mientras saboreaban sendas tazas de café y consumían sendos cigarrillos.
Luego, el policía se puso en pie y dijo:
—Tengo que irme, Marcia. Ya han trascurrido las dos horas que me concedió el comisario Zampfir.

La joven se irguió también.

—No te acerques a esa roca asesina, Alan —rogó, visiblemente preocupada. Alan la enlazó por el talle.

—Prefiero acercarme a otras cosas —repuso, pegando el cuerpo de la muchacha al suyo.

Como Marcia adivinaba que el policía iba a besarla, pidió:

—Que no sea tan largo como los otros, Alan. Podría cortarme la digestión. Alan la sorprendió con un beso breve, cálido y suave, lleno de amor y ternura.

—¿Complacida? —preguntó, después.

—Alan...

El policía volvió a besarla del mismo modo y se despidió de ella.

—Hasta la noche, Marcia.

—Te estaré esperando con ansiedad, Alan —respondió la joven, con un significativo brillo en la mirada.

Alan caminó hacia la puerta y abandonó la casa.

*
*
*

Marcia Riddick estaba terminando de retirar los platos de la

mesa, cuando percibió un leve ruido.
Como le pareció la puerta de la casa, caminó hacia allí.

—¿Alan...? —llamó, pensando que se trataba del policía, que había olvidado alguna cosa y volvía a por ella.

Súbitamente, la figura de un hombre surgió ante ella, saliendo de detrás de una cortina. Grandote. De poderosos músculos. Más bien feo...

Marcia dio un grito de terror al reconocer al tipo qué provocara su despido del Galaxia Club, de cuyas malas intenciones no se podía dudar, pues esgrimía una navaja en la diestra.

CAPITULO XI

El grandullón avanzó lentamente hacia Marcia Riddick, con una siniestra sonrisa en los labios.

La joven retrocedió.

Pálida.

Temblorosa.

Aterrorizada.

Sus agrandados ojos no miraban al tipo, sino la navaja que éste empuñaba, cuya ancha hoja lanzaba destellos.

De pronto, Marcia tropezó en una silla y cayó al suelo, dando un gritito.

Quiso levantarse en seguida, pero el individuo pegó un gran salto y se plantó junto a ella, acercándole rápidamente la punta de la navaja a la garganta, cuya piel llegó a rozar, sin herirla.

Marcia se quedó muy quieta.

Ni a gritar se atrevió.

Tampoco hubiera servido de nada, pues desde la calle no se le podía oír. El tipo, siempre con aquella cavernosa sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Te acuerdas de mí,

gatita?

—¿Qué... qué es lo que quiere? —musitó la joven, que apenas respiraba.

—En el Galaxia Club no pude cobrarme la bofetada que me diste. Ni el par de bandejazos en la cabeza. Por si fuera poco, luego ese policía amigo tuyo casi me arranca una oreja, me machaca el hígado y me parte la nuca con su mano de hierro.

—Usted tuvo la culpa, por querer abusar de mí —se atrevió a replicar Marcia.

—A ti te pagaban para aguantar apretones y pellizcos, fuesen donde fuesen.

—Se equivoca, a mí sólo me pagaban para servir bebidas en las mesas.

—Las otras camareras no se molestaron cuando aprisioné su trasero o sus pechos. Incluso me sonrieron.

—Yo no soy como ellas.

—¿Ah, no...? ¿Qué eres tú, gatita?

—Una chica decente.

—¡Ja!

—¿No me cree?

—¿Cómo voy a creerte? Una chica decente no hubiera pasado la noche en casa de un hombre al que acababa de conocer. Ya ves que estoy enterado de todo.

—No dormimos juntos.

—¡Ja!

—Es la verdad. El durmió en su cama y yo, en el sofá.

—Tú te crees que yo me chupo el dedo, ¿no?

—Vale más que se marche en seguida. Alan no tardará en volver, y si le sorprende aquí, amenazándome con su navaja...

El tipo rió.

—No volverá hasta la noche y tú lo sabes.
—Si me hace algún daño, Alan se lo hará pagar.
—No deseo lastimarte y no lo haré si haces todo lo que yo te diga.
—¿Qué quiere que haga?
—Para empezar, quítate la miniblusa.
—No —se negó Marcia, sin dudar.
El tipo presionó ligeramente con la punta de su navaja y produjo una pequeña herida en el cuello de la joven, que sangró inmediatamente.
Marcia no podía verse la herida, pero sintió el dolor del pinchazo y el hilo de sangre caliente resbalar por su cuello, lo cual, lógicamente, acentuó su terror.
—¿Prefieres que te atraviese el cuello, gatita? —amenazó el indeseable
Marcia, convencida de que el tipo no dudaría en hurgar más y más con su navaja, soltó el cierre de la miniblusa y se despojó de ella, quedando con el pecho desnudo.
El grandullón le contempló los senos con sucio deseo y no tardó en acariciárselos y apretujárselos con su mano izquierda, mientras con la otra impedía que la muchacha se moviera.
Marcia cerró los ojos, asqueada.
Algunos segundos después, oía la voz

del tipo:

—Ahora quítate el pantaloncito, gatita. Marcia vaciló.

Cuando se quitase el pantaloncito, el tipo le ordenaría sacarse también el slip y entonces se echaría sobre ella y la poseería.

No.

Los toqueteos estaba dispuesta a permitirlos, dadas las circunstancias, pero una repugnante violación, no y así se lo hizo saber al canalla.

—Prefiero la muerte antes que entregarme a usted.

—Eso es una estupidez, gatita. ¿Qué más te da que te posea yo o tu amigo el policía? Apuesto lo que quieras a que yo te proporciono mayor placer, porque soy más hombre que él.

—Ahora tienes la ocasión de demostrarlo.

El tipo dio un fuerte respingo, porque eso no lo había dicho la ex camarera del Galaxia Club, sino una voz masculina, a sus espaldas.

—¡Alan! —exaclamó Marcia, descubriendo al policía.

El grandullón giró la cabeza, pero sin retirar la navaja de la garganta de la muchacha.

—¡Si das un paso más, me cargo a la chica! —amenazó.

Marcia contuvo la respiración.

Alan, con extraña frialdad, sin alterar un solo músculo de su rostro, repuso:

-—Hazlo y el pedazo más grande que dejaré de ti podrá guardarse en una caja de cerillas.

El tipo sintió

frío en la espalda. Alan, siempre sereno, ordenó:

—Ponte en pie y demuestra lo hombre que eres. Te dejo, además, que uses la navaja.

—¡Tú tienes una pistola!

—Si quisiera usarla, ya lo habría hecho, que ocasión he tenido. Pero prefiero darte tu

merecido con los puños para que te quede mejor recuerdo.

Esto animó un poco a! grandullón y se decidió a retirar la navaja de la garganta de la muchacha y hacer frente con ella al policía.

Disponer de una navaja era una ventaja nada despreciable.

Al menos, eso pensó el tipo. Pobre ingenuo...

No sabía que Alan Frazier había sido adiestrado en toda clase de luchas y que para él, arrebatar la navaja a su enemigo, era un juego de niños.

Pero lo supo en seguida. Apenas atacarle con su navaja.

Alan esquivó hábilmente el navajazo, dirigido a su vientre y le atrapó el brazo, antes de que lo encogiera, con el que hizo un «tirabuzón».

El tipo aulló de dolor y de pánico, porque creía que el policía le había roto el brazo por dos o tres sitios.

Dejó caer la navaja, claro.

Alan le soltó el brazo, pero no porque el fulano le diera pena, sino porque quería sacudirle con los puños.

Y le sacudió. Con los dos.

Podía haberlo puesto fuera de combate con un par de secos golpes asestados con el filo de la mano, como en el Galaxia Club, pero quería castigar duramente al tipo para que se le fueran las ganas de repetir lo que hiciera con Marcia.

Y
lo
castigó.

Cuando acabó con él, su cara daba pena, porque era totalmente una masa de carne hinchada y tumefacta.

El individuo quedó
desmadejado en el
suelo.

Sin
sentido.

Y
tardaría
bastante
en
despertar.

Alan Frazier se lamió los despellejados
nudillos y miró a Marcia Riddick.

La joven seguía en el suelo, sentada, los brazos cruzados sobre su pecho desnudo, cubriendo sus senos.

Alan se acercó a ella, se arrodilló a su lado y tomó
la miniblusa de la muchacha.

—Póntela, Marcia.

La joven, en vez de coger la prenda se abrazó al policía y rompió en sollozos.

Alan acarició la desnuda espalda femenina y la azulada cabellera que caía sobre ella.

—Escuché tus últimas palabras, Marcia. Fuiste muy valiente al no acceder a los deseos de ese miserable.

—¿Cómo... cómo es que volviste, Alan...¿ —preguntó la muchacha.

—Olvidé los cigarrillos y el encendedor y regresé por ellos —explicó el policía.

—¡No sé qué hubiera pasado, de no aparecer tú tan oportunamente!

—Mejor que no lo pienses y olvides el mal rato que pasaste. A ver, deja que te mire la herida del cuello...

Marcia se separó un palmo de él y levantó la cabeza.

—Sólo es un rasguño —la tranquilizó Alan—, Hale, ponte la miniblusa, que la

contemplación de tus hermosos senos
me está poniendo nervioso. La joven
titubeó.
Parecía
que
quería
decir
algo. Y
quería,
en
efecto.
Pero no se atrevía.
Le resultaba muy embarazoso decirle a Alan que podía acariciarle los senos, si lo deseaba.
Alan
lo
deseaba,
claro.
Pero
no
lo
hizo.
Finalmente, Marcia tomó la miniblusa y se la puso.
—Llamaré al comisario Zampfir —dijo Alan, tomando el transmisor que llevaba al cinto.

CAPITULO XII

El profesor Quax tomaba unos apuntes, sentado frente a la pequeña mesa ubicada en uno de los ángulos de la hermética habitación.

Tras él, la transparente campana que encerraba a la brillante y peligrosa roca. El rostro del científico denotaba cansancio.

Preocupación.

Llevaba varias horas ininterrumpidas trabajando con la extraña roca y sólo sabía de ella que era increíblemente resistente.

Nada más.

Era desesperante saber que la maldita roca tenía algo que causaba la muerte de los seres humanos que se atrevían a tocarla y no hallar el modo de descubrirlo.

Absorto en sus anotaciones, William Quax no vio lo que estaba sucediendo con la dorada roca.

¡Alguien o algo la estaba perforando desde dentro!

¡Lenta y silenciosamente!

El orificio, diminuto al principio, se fue ensanchando, has- alcanzar unos cinco centímetros de diámetro.

Entonces, algo surgió del interior de la roca.

¡Una larva!

¡Vermiforme!

¡De color grisáceo y unos diez centímetros de larga por tres de grosor!

La oruga se deslizó por la roca, moviendo lentamente sus numerosas y menudas patas. Todavía no había alcanzado el suelo, cuando otra larva surgió del interior de la roca, idéntica a la primera.

Se deslizó también con lentitud.

La otra oruga ya se movía por el suelo, en dirección a la transparente pared de la campana.

La alcanzó.

Entonces, del pequeño y redondo ojo, muy salido, que tenía en la parte superior de la cabeza, surgió una luz verdosa, que, en forma de rayo, alcanzó la pared de la campana. El sólido material no pudo resistir los terribles efectos de aquella extraña luz verdosa y fue limpiamente perforado en sólo unos segundos.

El grisáceo gusano pasó por el orificio y se deslizó hacia abajo, hasta alcanzar el suelo de la habitación.

La otra larva, que salió de la campana por el orificio abierto por su compañera, ganó el suelo ambién.

El profesor Quax seguía con sus anotaciones, ajeno por completo al peligro que se cernía sobre él.

Sobre él y sobre el resto de las personas que habitaban en Starville.

Sí, porque la pareja de orugas, llegadas de un mundo lejano en el interior de la dorada roca, que les había servido de nave espacial, se estaban desarrollando por segundos.

Como se recordará, cuando salieron de la roca medían unos diez centímetros de largas por tres de grosor.

Pues bien, ahora ya medían unos veinte centímetros de longitud por cinco o seis de anchura.

¡Y seguían creciendo!

Las dos larvas iban directas al profesor Quax. Silenciosas como sombras.

Dispuestas a dar buena cuenta del terrestre.

Como alertado por un sexto sentido, William giró la cabeza.

Lo primero que descubrió fue el orificio, de unos ocho centímetros de diámetro, que presentaba la sólida campana transparente que encerraba la dorada roca.

Los ojos del científico se dilataron.

Pero su perplejidad aún fue mayor cuando descubrió el orificio, más pequeño, que ahora presentaba la roca.

William Quax adivinó rápidamente que algo había salido de la amarillenta roca.

¡Y de la campana!

El científico lo buscó con sus agrandados ojos. Y lo encontró.

William Quax saltó de la silla, horrorizado.

¡Las larvas ya medían treinta centímetros de largas por diez de grosor!

¡Eran unos gusanos escalofriantes!

El profesor Quax intentó alcanzar la puerta, para escapar de aquel par de horribles orugas, cuyo increíble poder, después

de ver el orificio que presentaba la durísima roca dorada y el que presentaba la resistente campana transparente, quedaba fuera de toda duda.

Eran capaces de destruir cualquier cosa.

Los siniestros ojos de las larvas entraron en acción, despidiendo sendos rayos de luz verdosa, que alcanzaron en la espalda al científico.

William Quax lanzó un alarido desgarrador, pues tuvo la sensación de que le aplicaban las llamas de sendos sopletes en la espalda.

Los efectos, desde luego, fueron parecidos. Más terribles, si cabe.

El científico no pudo resistir tanto dolor y se desmayó, cayendo al suelo, mientras un desagradable olor a carne quemada impregnaba la habitación.

Las larvas dejaron de emitir aquella poderosa luz de tono verdoso que despedían sus ojos y fueron hacia el desvanecido terrestre, sobre cuyo cuerpo se subieron.

Un instante después, empezaban a comer. Con voraz apetito.

Minutos más tarde, del infortunado científico sólo quedaba su esqueleto, macabramente limpio.

Tras el banquete de carne humana, las larvas ya tenían un tamaño capaz de aterrorizar al hombre de nervios más templados.

Casi un metro de longitud, por veinte centímetros de grosor. Y seguían creciendo...

*
*
*

El comisario Zampfir acudió personalmente a casa de Alan Frazier, acompañado de un par de agentes, los cuales se hicieron cargo del tipo grandote que pretendiera abusar de Marcia Riddick, que seguía inconsciente,

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

—sé interesó Ilie Zampfir.

—Sí, comisario —asintió Marcia—. Sólo fue el susto y esta leve herida que tengo en el cuello. Alan llegó muy a tiempo.

—De no haber olvidado mis cigarrillos y mi encendedor... —observó Alan, que rodeaba los hombros de la muchacha con su brazo, cariñosamente.

—Bendito olvido, sí —sonrió Zampfir.

—Podemos irnos cuando usted diga, comisario —indicó Alan, soltando a Marcia.

—No, usted se queda con Marcia, Frazier, hasta que ella se tranquilice del todo.

—Pero...

—Si le necesito para algo, le llamaré, no se preocupe.

Alan no insistió.

Le agradaba la idea de quedarse un rato más con Marcia, quien, desde luego, todavía no se había recuperado del mal rato que le hiciera pasar el tipo grandote, como lo demostraba la palidez de su rostro.

—Gracias, comisario —dijo Marcia, contenta de que alan se quedase con ella algún tiempo más.

—No hay de qué, señorita —le sonrió afectuosamente Ilie Zampfir y abandonó la casa.

*
*
*

Algunos minutos después, el comisario Zampfir iba en busca del profesor Quax, para saber si el científico había descubierto algo más.

Apenas abrir la puerta de la hermética habitación donde William Quax trabajara sin descanso con la roca llegada de un planeta lejano, Ilie Zampfir descubrió a la pareja de monstruosas larvas sobre un esqueleto humano.

Estremecido de horror, porque adivinaba que aquel macabro esqueleto era todo lo que quedaba del profesor Quax, el comisario Zampfir desenfundó velozmente su pistola de rayos paralizantes y disparó sobre las alucinantes orugas.

Las alcanzó a las dos, pero los rayos paralizantes no causaron ningún efecto en los gigantescos bichos, que ya le miraban fijamente con su único y salido ojo.

Ilie Zampfir retrocedió, convencido de que de nada serviría disparar de nuevo contra aquellos espantosos seres.

Iría en busca de un fusil de rayos infrarrojos y de una pistola de rayos láser. Eso sí podría con las enormes larvas.

Desgraciadamente para él, los horripilantes gusanos no le permitieron alejarse más que

unos pasos.
Sus redondos ojos lanzaron sendos rayos verdosos, que fueron a chocar contra el amplio pecho del terrestre.
El comisario Zampfir bramó de dolor cuando los rayos abrasaron su carne y unos segundos después se desplomaba, quedando inerte en el suelo, aunque no totalmente inconsciente.
Las escalofriantes orugas caminaron hacia él. Seguían teniendo apetito.
Ilie Zampfir las vio acercarse, pero no se movió.
Sabía que si lo hacía, volverían a abrasarle el cuerpo con los rayos que lanzaban sus ojos. Lentamente, acercó su mano al pequeño transmisor que colgaba de su cinto.
Tenía que advertir a Alan Frazier de lo que sucedía.

CAPITULO XIII

Alan Frazier besó los labios de Marcia Riddick.

Era el cuarto beso que le daba, en poco más de un minuto.

Besos dulces y tiernos, que llegaban al corazón de la muchacha, llenándola de felicidad.

—Alan... —susurró.

—¿Qué?

—¿No te gustan mis piernas?

El policía se las miró y respondió:

—Muchísimo.

—No se nota.

—No te las acariciaré mientras tú no me lo pidas.

—Me resulta embarazoso.

—Supongo que sí, pero si no me das permiso, mis manos seguirán quietas.

—Para besarme no

me pides permiso.
—Es diferente. Unos besos son sólo eso, unos besos. Las caricias con las manos, son otra cosa. Despiertan un deseo más profundo y si luego ese deseo no. se sacia debidamente, se pasa mal.
—Alan...
—¿Sí?
—Yo...
—¿Tú?
La joven se mordió nerviosamente los labios.
—Caray, qué difícil es decirlo.
—¿Quieres que te ayude yo?
—Sí, por favor.
—Sólo tienes que pronunciar una palabra.
—¿Cuál?
—La que te está dictando tu corazón.
Marcia la pronunció:
—Sí,
—¿Ves como no era tan difícil? —sonrió Alan, y la besó de nuevo, deslizándole la lengua entre los labios, lo cual produjo una sacudida erótica en la muchacha, que se apresuró a cercarle el cuello con sus brazos y se apretó contra él.
La mano de Alan acariciaba ya los suaves muslos femeninos.
Su otra mano buscó el cierre de la miniblusa y lo manipuló, haciendo que la prenda cayera sobre las piernas de la joven.
Un instante después, el policía acariciaba los cálidos y erectos senos de Marcia, obligando a la muchacha a estremecerse dulcemente.
Como estaban sentados en el sofá, Alan no quiso continuar allí las caricias que, inevitablemente, les llevarían a la unión sexual y tomó a la joven en brazos, sin separar su boca de la de ella.

La llevó a su dormitorio y la dejó tendida sobre el lecho. Marcia le sonrió amorosamente.

Alan la acabó de desnudar, entre besos y caricias y luego se desnudó él, tendiéndose sobre ella. Las yemas de sus dedos recorrieron todo el cuerpo femenino, cuya tersa piel se estremecía bajo su contacto.

Marcia, excitadísima, le abrazó con fuerza, deseando que él la hiciese suya ya, sin demorar más el anhelado momento.

Alan supo captar la ansiedad de la muchacha y no dudó en complacerla, penetrándola con lentitud, hondamente, sin dejar de besar su boca, sus hombros, sus pechos...

Marcia se agitó bajo él, susurrando frases entrecortadas por los suspiros y emitiendo gemidos de placer, cada vez más profundos, porque el gozo era cada vez más intenso.

Poco tiempo después, alcanzaban los dos un orgasmo deleitosamente convulsivo y prolongado, que para Marcia resultó enloquecedor, obligándola a lanzar un grito y aferrarse más a la espalda masculina, quedando luego totalmente desfallecida.

Alan continuó echado sobre ella, besando su cuello, acariciando sus senos, sus erectos pezones oscuros...

—Alan, qué feliz me has hecho... —confesó la muchacha, acariciándole el cabello con los ojos cerrados.

—Y tú a mí, Marcia —repuso él.

—Quiéreme, Alan.

—Ya te quiero.

—¿Estás seguro?

—No podría vivir sin ti, Marcia.

—Yo tampoco, te quiero demasiado.

Alan buscó los labios femeninos, pero no llegó a besarlos, porque en aquel preciso momento se escuchó el suave e intermitente zumbido del transmisor.

—Debe ser el comisario Zampfir —adivinó Alan.

—Qué inoportuno —

rezongó Marcia.

—Más lo hubiera sido hace un momento, ¿no? —sonrió el policía.

—Desde luego —sonrió también la muchacha.

Alan se apartó de ella y atrapó el transmisor, sin necesidad de bajar de la cama, pues le bastó con estirar el brazo. Apenas pulsar el botón, un alarido de dolor surgió del aparato, estremeciendo al policía y a la muchacha.

—¡Comisario Zampfir! —gritó Alan.

—¡Acuda, Frazier, rápido! —suplicó desesperadamente Ilie Zampfir.

—¿Qué está pasando, comisario...?

—¡Dos orugas gigantescas me están devorando! ¡Traiga un fusil de rayos infrarrojos, Frazier! ¡Los rayos paralizantes no les hacen nada!

Alan, helado de horror, inquirió:

—¿Dónde se encuentra, comisario?

—¡Frente a la habitación! donde el profesor Quax...! ¡Aaaggg...!

—¡Comisario! —chilló Alan, todo el vello de su cuerpo, erizado.

La v de Ilie Zampfir ya no volvió a oírse.
Alan Frazier saltó de la cama y se vistió en sólo unos segundos.
No disponía de ningún fusil de rayos infrarrojos, pero sí de una pistola de rayos láser, y la tomó velozmente.
—¡No te muevas de aquí, Marcia!
—¡Alan! —gritó la joven, sentada en el lecho, pálida y estremecida. El policía no contestó.

Ya había salido del dormitorio y corría hacia la puerta de la casa, la cual abandonó convertido en un auténtico meteorito.

*
*
*

Alan Frazier tardó escasamente dos minutos en alcanzar la estancia donde el comisario
Zampfir estaba siendo devorado por las monstruosas larvas.

Muy poco tiempo.

Suficiente, sin embargo, para que los aterradores gusanos destrozasen con sus feroces dientes el cuerpo del jefe de policía de Starville, el cual había quedado inconsciente al recibir dos nuevos rayos verdosos, que le abrasaron el cuello y el vientre.

No pudo soportar tanto dolor y se desvaneció, quedando a merced de la pareja de orugas.

Alan Frazier irrumpió como un ciclón en la estancia, su pistola de rayos láser en la diestra.

El horrendo espectáculo que contemplaron sus ojos le dejó paralizado un instante.

Las enormes larvas repararon en él y le miraron con fijeza, preparándose ya para enviarle sendos rayos con sus ojos.

Por fortuna, Alan supo reaccionar a tiempo y presionó el gatillo de su arma.

El poderoso rayo láser detrozó materialmente la cabezota de una de las orugas, que se retorció en el suelo, lanzando unos rugidos que helaban la sangre.

El otro gusano lanzó un rayo verdoso, que hubiera abrasado la cara del policía si éste no se hubiese desplazado hacia su derecha, dando un fantástico salto.

El rayo chocó contra la pared, donde dejó

claras muestras de su poderío. Alan disparó
contra la oruga, alcanzándola en la cabeza,
como a la otra.
El monstruoso ser rugió de forma espantosa y se
retorció, herido de muerte. Alan accionó de
nuevo el gatillo.
Por dos veces.
Los cuerpos de las dos larvas resultaron alcanzados de
lleno por los rayos láser y eso supuso su fin, quedando
inmóviles en el suelo.
Sus abrasados cuerpos despedían un hedor nauseabundo,
que obligó a Alan a contener la respiración.
Se acercó al comisario Zampfir.
Resultaba difícil identificarlo, de tan destrozado que lo
habían dejado las gigantescas orugas.
Estaba muerto, no cabía duda.

Alan, con el estómago encogido, penetró en la habitación contigua, descubriendo el esqueleto del profesor Quax.
Y el limpio orificio de la
campana transparente.
Y el de la roca
amarillenta...
Alan no tardó en adivinar que la pareja de monstruosas larvas había surgido de la maldita roca y se había desarrollado fuera, devorando al profesor Quax y medio devorando al comisario Zampfir.
Frío y estremecido, Alan Frazier abandonó la hermética habitación maldiciendo con el pensamiento la brillante roca y la pareja de horrorosos seres que trajera consigo, en su interior, desde algún planeta lejano y a saber debido a qué extrañas circunstancias.

EPILOGO

El destrozado cuerpo de Ilie Zampfir se tornó violáceo algunos minutos después de haber ocurrido la tragedia y su sangre, muy oscura, lo cual pareció confirmar que no era la brillante roca en sí la que tranportaba el misterioso elemento nocivo que causaba la muerte de los seres humanos que ponían sus manos en ella, sino la pareja de larvas que surgieran de su interior.

Esto quedó demostrado algunos días más tarde, después de someter a un largo y profundo estudio los cuerpos sin vida de la pareja de monstruosas orugas por parte de un grupo de expertos científicos llegados expresamente de la Tierra, los cuales descubrieron una especie de extraña radioactividad en los organismos de los gusanos, que éstos transmitían a la dorada roca que los cobijaba en su interior y que resultaba muy difícil detectar.

Con la muerte de la pareja de larvas, la roca amarillenta dejó de ser peligrosa y eso se pudo comprobar sometiendo a distintos anímale^ de laboratorio a su contacto.

Ninguno de ellos sufrió daño y la roca pudo ser trasladada a la Tierra sin ningún temor. A Alan Frazier le fue propuesto el nombramiento de comisario de Starsville y el policía aceptó encantado, pues pensaba casarse muy pronto con Marcia Riddick y no quería ir de traslado en traslado por esos mundos de Dios, como hasta entonces.

Aquella noche, siete días después de los dramáticos sucesos que costaran la vida a seis personas, Alan llegó a casa un poco más tarde que de costumbre.

Marcia, que se hallaba en la cocina, salió rápidamente a su encuentro, luciendo una insinuante túnica azul turquesa, totalmente abierta por los lados. Le echó los brazos al cuello y le dio un beso que Alan se apresuró a devolver.

—Has tardado, cariño.

—Bueno, es que ahora soy todo un comisario de policía y tengo más responsabilidades —recordó él, las manos sobre las desnudas caderas femeninas.

—

Lo comprendo.

—¿Me preparas un «Meteorito Borracho»?

—No.

—¿Por qué?

—Te entraría la modorra y yo quiero que estés bien despierto cuando nos vayamos a la cama —respondió atrevidamente la joven.

—Oye, tú le estás tomando mucho gusto a eso de hacer el amor...

—Es natural. Sólo tenia diecisiete años cuando me enamoré de Ronnie, un chico fuerte y apuesto. Creí que Ronnie también estaba enamorado de mí y que algún día nos casa- ríamos. Por eso, cuando días después, comprendí que para Ronnie yo sólo era una chica más con la que divertirse cuan-

do le apetecía y me sentí muy desgraciada. Y muy furiosa, también, por haber ofrecido mi virginidad a alguien que no se lo merecía. Desde entonces y hasta que me entregué a ti, no había vuelto a hacer el amor. No me faltaron proposiciones, como puedes imaginarte, pero las rechacé todas. Me había jurado a mí misma no entregar mi

cuerpo a un hombre hasta estar completamente segura de que me quería sincera- mente. Y ese hombre fuiste tú, Alan.

—Cuatro años sin hacer el amor...

—Sí.

—Es mucho tiempo, Marcia.

—Por eso quiero recuperarlo.

—Espera, vuelvo en seguida.

—¿Adónde vas?

—A la farmacia más próxima, en busca de vitaminas.

—¡Tonto! —rió Marcia, dándole una cariñosa bofetadita. Alan la abrazó y la besó con ganas.

En plan ventosa, como lo llamaba Marcia.

Sus manos no tardaron en deslizarse por las aberturas laterales de la túnica, bajo la cual Marcia sólo llevaba un reducidísimo slip plateado.

Al notar que Alan se lo acariciaba todo, incluso lo más íntimo, Marcia separó su boca de la de él y lo miró, con una picara sonrisa en los labios.

—¿No dijo usted que se encontraba algo debilucho, comisario Frazier...?

—No hay mujer que pueda conmigo, preciosa. Ni siquiera tú —repuso Alan y movió la mano hacia el cierre de la túnica, ubicada en el hombro derecho.

—¿Y la cena...?

—Ya cenaremos después.

—Se enfriará.

—Si nos ponemos a cenar, me enfriaré yo.

—Y decías que necesitabas vitaminas...

—Las que tú me das con tu cuerpo de diosa —repuso Alan, contemplándola de pies a cabeza, porque la azulada túnica ya yacía en el suelo.

Marcia le cogió la cabeza y lo miró tiernamente a los ojos.

—Te quiero, Alan.

—Yo también a ti y te lo voy a demostrar una vez más, pero no en la cama.

—¿Dónde?

—En el sofá.

—A ver si nos caemos...

—Lo extenderemos, no te preocupes.

—Yo sigo prefiriendo la cama.

—Es conveniente cambiar de escenario, lo mismo que de postura, para no caer en la monotonía.

—No, si acabaremos haciéndolo encima de un perchero, como la pelirroja Sandra...

Alan rió, al recordar a la explosiva camarera del Galaxia Club que Marcia le recomendara la noche que se conocieron y que según ésta era muy original haciendo el amor.

Marcia se contagió de la risa de Alan y se abrazó a él.

Instantes después, gozaban el uno del otro, sobre el extendido sofá. Cuando sus cuerpos desnudos se relajaron, Alan dijo:

—Mañana mismo compro un perchero y si nos caemos, mala suerte.

F
I
N